



22.520

año 1920

25 2.40
25
25

CUENTOS DE CALLEJA

LEYENDAS DE ORIENTE

ILUSTRACIONES DE
BARTOLOZZI, PENAGOS, RIBAS,
MARCO Y MILLAR



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

052 22

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

MADRID—IMPRESA HELÉNICA

LA TRAMA DE LA VIDA

Sofía²

EL visir Alí-ben-Hassán, primer ministro de Amgiad, el gran califa, se paseaba un día por los alrededores de Bagdad. Desde la mañana no había tenido más que disgustos. Había dormido mal. Luego, su hijo primogénito, Nuredín, que salió de casa la noche anterior, había vuelto ya bien claro el sol, vergonzosamente borracho, revelando a las claras que se trataba con los jóvenes calaveras de Bagdad y que infringía la sabia ley del Profeta, que prohíbe el uso del vino y de los licores. Por otra parte, la criada que tenía el cargo de acompañar a su hija al baño, le había comunicado al regresar que, por quinta vez, en el espacio de otros tantos días, un joven de aire satisfecho se había atravesado en su camino como por casualidad, y que Armina, al pasar, con el

Cuentos de Calleja

pretexto de arreglarse el velo, se lo había desarregla-



Armina, al pasar, con el pretexto de arreglarse el velo...

do, de manera que permitió al apuesto desconocido ver su radiante rostro, hecho que en toda doncella

La trama de la vida

mahometana constituye un grave olvido de las reglas de la buena conducta.

Muy malhumorado ya por estas desazones, Alí había ido al Consejo, y al presentarse ante el califa Amgiad éste le había recibido fríamente. Hacía poco tiempo que una sedición revolvía a una provincia próxima. Alí la había reprimido con gran energía, sin considerar el asunto digno de ser expuesto a su glorioso señor y amo; pero los enemigos del ministro no habían sido igualmente reservados y el califa reprochó con gran vehemencia a su ministro, primero, el haber dado lugar a que surgiese una sedición en su reino; segundo, el haberle ocultado el hecho, y tercero, el haberla reprimido por la fuerza y no por la persuasión, que es ciertamente preferible, aunque desgraciadamente no siempre es eficaz. Por esta causa, Alí había salido del Consejo muy molesto por la impresión, siempre dolorosa para un estadista, de que su crédito había mermado considerablemente.

Llegado apenas a su casa, su esposa había reñido con él, acusándole de tacañería en la cantidad que le destinaba para vestirse y declarándole que la esposa del gobernador de palacio se vestía mejor que ella, que en realidad no tenía nada que ponerse. Alí incli-

Cuentos de Calleja

nó la cabeza ante la tormenta y mandó a sus criados



... su esposa había reñido con él, acusándole de tacañería...

que le sirviesen la comida, esperando hallar en los
placeres de la mesa una compensación a sus disgustos.

La trama de la vida

tos públicos y privados; mas por desgraciada casualidad, el cocinero prescindió aquel día de todos los platos que le gustaban al visir.

Completamente desesperado, Alí salió de su casa, dejó la ciudad y se fué a pasear al campo.

Verdaderamente—murmuró Alí según iba andando—, hay días en que debiera uno poner fin a su existencia. ¿Para qué le sirve a uno la vida sino para rabiar?

Un sol abrasador quemaba el camino que seguía el visir, que no tardó en sentir un irresistible deseo de encontrar algún lugar umbroso. Después de mucho buscar, llegó a un sendero que, por lo estrecho y torcido, prometía frescura y paz, y se internó en él. Anduvo hasta una tapia ruinosa, cerca de la cual se alzaba una palmera. Alí lanzó un suspiro de satisfacción y se echó junto a la tapia, a la sombra de las anchas hojas del árbol. Seguramente no hubiera tardado en quedarse dormido, si no hubiese comenzado a molestarle un monótono zumbido. Miró el visir a un lado y otro, y vió girar alrededor de su cabeza una mosca preciosa verde y oro. Como Alí deseaba la paz del sueño, la espantó dos o tres veces con la mano, pero la obstinada mosca volvió una y otra vez a él,

Cuentos de Calleja

acabando por posársele descaradamente en la nariz.



... y dió un manotazo vigoroso a su enemiga...

Esto era ya demasiado. Allí se sentó bruscamente y dió un manotazo vigoroso a su enemiga sin alcan-

La trama de la vida

zarlo. Pero la mosca, en su precipitada fuga, no vió que se iba derecha a la tela de una araña muy gorda tendida entre un ángulo de la tapia y el tronco de la palmera. El visir no pudo menos de sentirse satisfecho al pronto, diciendo para sus adentros:

—¡Ahora me dejarás dormir un rato, mosca ma-reona!

Y como siguiera observando lo que le ocurría a la mosca verde-oro, vió salir de una grieta de la tapia una monstruosa araña que tenía tan grande el vientre como la yema de un dedo de hombre y unas patas largas, negras y velludas. Corrió la araña hacia su presa y se puso a tejer una red en torno de la mosca, que aleteaba en un vértigo de terror y de angustia. Hacía tan desesperados esfuerzos para librarse de sus ligaduras, que Alí se compadeció al fin, al ver la inútil lucha, y aun cuando estaba muy cansado, no quiso dejar perecer a su enemiga de un modo tan triste. Levantóse, pues, espantó a la araña y libró después a la mosca de su cautiverio.

—Ahora espero que me dejes en paz—le dijo abriendo los dedos y dejándola libre.

La mosca echó a volar y Alí la perdió en seguida de vista. Entonces volvió a tenderse a la sombra de

Cuentos de Calleja

la palmera, cerró los ojos y se quedó profundamente



... vió ante él un personaje de deslumbradora belleza
y proporciones gigantescas...

dormido. Una voz que pronunciaba su nombre le

La trama de la vida

despertó, y al abrir los ojos vió ante él un personaje de deslumbradora belleza y proporciones gigantescas. De sus hombros salían dos alas tenues y transparentes. Allí comprendió que se hallaba en presencia de un genio.

—Visir—dijo la aparición—, me has prestado un verdadero servicio. Yo era la mosca que zumbaba ha poco alrededor de tu cabeza. Había tomado aquella forma con el fin de dejar un rato mi ordinaria grandeza y volar libremente en los rayos del sol. Un perverso encantador, enemigo mío, trató de aprovechar la ocasión y se convirtió en la araña aquella en cuya tela quedé preso y de la cual no hubiese escapado a no ser por tu auxilio. Porque has de saber que, aun cuando se nos permite tomar la forma que se nos antoja, corremos al mismo tiempo el riesgo de caer en iguales lazos que los seres cuyo aspecto adoptamos, y si caemos, sólo puede librarnos de ellos el auxilio de los hombres. Así, me he salvado gracias a tu generosa intervención, y en pago de ello pídemelo un favor, pues cualquiera que éste sea prometo concedértelo.

El visir permaneció silencioso un momento y al fin repuso:

Cuentos de Calleja

—Hace una hora estaba yo pensando que no nos trae ninguna ventaja el vivir muchos años, porque diversos disgustos nos estropean muchos días de nuestra existencia y, por lo tanto, sería mucho mejor vivir menos tiempo, siempre que nuestra existencia se compusiera exclusivamente de días claros y felices. Pues, si está en tu poder hacerlo, suprime de mi vida futura todos los días de aflicción y déjame vivir sólo aquellos que haya de verme tranquilo y alegre. Si me complaces, pagarás con largueza el favor que te he hecho.

Al oír tales palabras el genio sonrió de un modo enigmático y dijo a Alí:

—¿Has meditado bien tu deseo?

—Sí—respondió Alí.

—¡Pues sea como quieras!

Instantáneamente el visir sintió que su fantástico interlocutor le cogía por mitad del cuerpo y le elevaba hasta una altura tal, que perdió el sentido; y cuando volvió en sí se encontró en la cama de su casa de Bagdad, con el cuerpo tan estirado y tan frío, que no podía hacer el más ligero movimiento. Tenía cerrados los ojos, mas a pesar de ello veía lo que pasaba en torno suyo y oía todo lo que hablaban

La trama de la vida

en el aposento, que estaba lleno de gente. Hallábanse allí su esposa, sus hijos y sus criados, llorando todos y lamentando la pérdida de tan buen esposo, tan buen padre, tan buen amo y tan fiel y noble amigo.

Y pensó Alí: —¿Es que estoy muerto?

—Sí—contestóle una voz.

El genio apareció a los pies de la cama, sin que fuera visible para nadie más que para Alí, cuyos pensamientos leía.

—¡Pérfido espíritu!—pensó el visir—. ¿Es este el modo de cumplir tu promesa?

—No me acuses a mí—replicó el genio—; acusa solamente a tu propia torpeza. ¿Por qué me pediste lo que era imposible? Dos hadas tienen el cargo de hilar los destinos de los hombres. Al principio de todas las cosas, se puso ante una de dichas hadas un montón de lana blanca para que hilara con ella los días dichosos, y ante la otra un montón de lana negra para que con ella tejiera los días que habían de ser infaustos. Pero una noche, mientras las hadas dormían, llegó el diablo y se divirtió un rato revolviendo los dos montones de lana, enredándola de tal modo, que cuando las hadas se despertaron les fué

Cuentos de Calleja

imposible separar la lana negra de la lana blanca. Desde entonces tienen que hilar los días con los colores mezclados, y por eso se componen de alegrías y tristezas. Recuerda los que has vivido, y di si hay alguno en que no hayas tenido alguna satisfacción, por pequeña que haya sido. Al pedirme que cortara de tu vida futura todos aquellos días en que hubieras de tener algún disgusto, me pediste en realidad que suprimiese todos, y ha llegado para ti el día de la liberación, que es el de la muerte. Siento mucho haber tenido que darte esta lección, pero tú lo has querido así.

—Desgraciadamente no puede servirme ya de nada, puesto que me he muerto—dijo Alí.

El genio se sonrió entonces y le dijo:

—Soy benévolo. Si quieres, será como si no me hubieses dicho nada; volveré a llevarte al lugar de donde te traje y no se cambiará nada en tu existencia. ¿Aceptas?

—No puedo desear cosa mejor—respondió el visir.

El genio tendió los brazos a Alí, ante cuya vista desapareció todo, y por segunda vez se quedó privado de sentido. Cuando lo recobró estaba al pie de la tapia, a la sombra de la palmera donde se había que-

La trama de la vida

... dado dormido antes. Levantóse, preguntándose a sí mismo si le había ocurrido realmente aquello o si



... a la sombra de la palmera donde se había quedado dormido antes.

había sido sencillamente un sueño, y se encaminó a su casa pensativo.

Cuentos de Calleja

Y llegando a ella, se enteró Alí de que su hijo



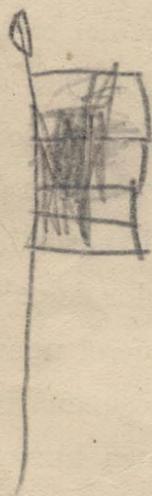
... la esposa del visir había hecho una visita a la esposa del gobernador...

Nuredín se había puesto tan malo, a consecuencia de los excesos de la noche anterior, que había jurado

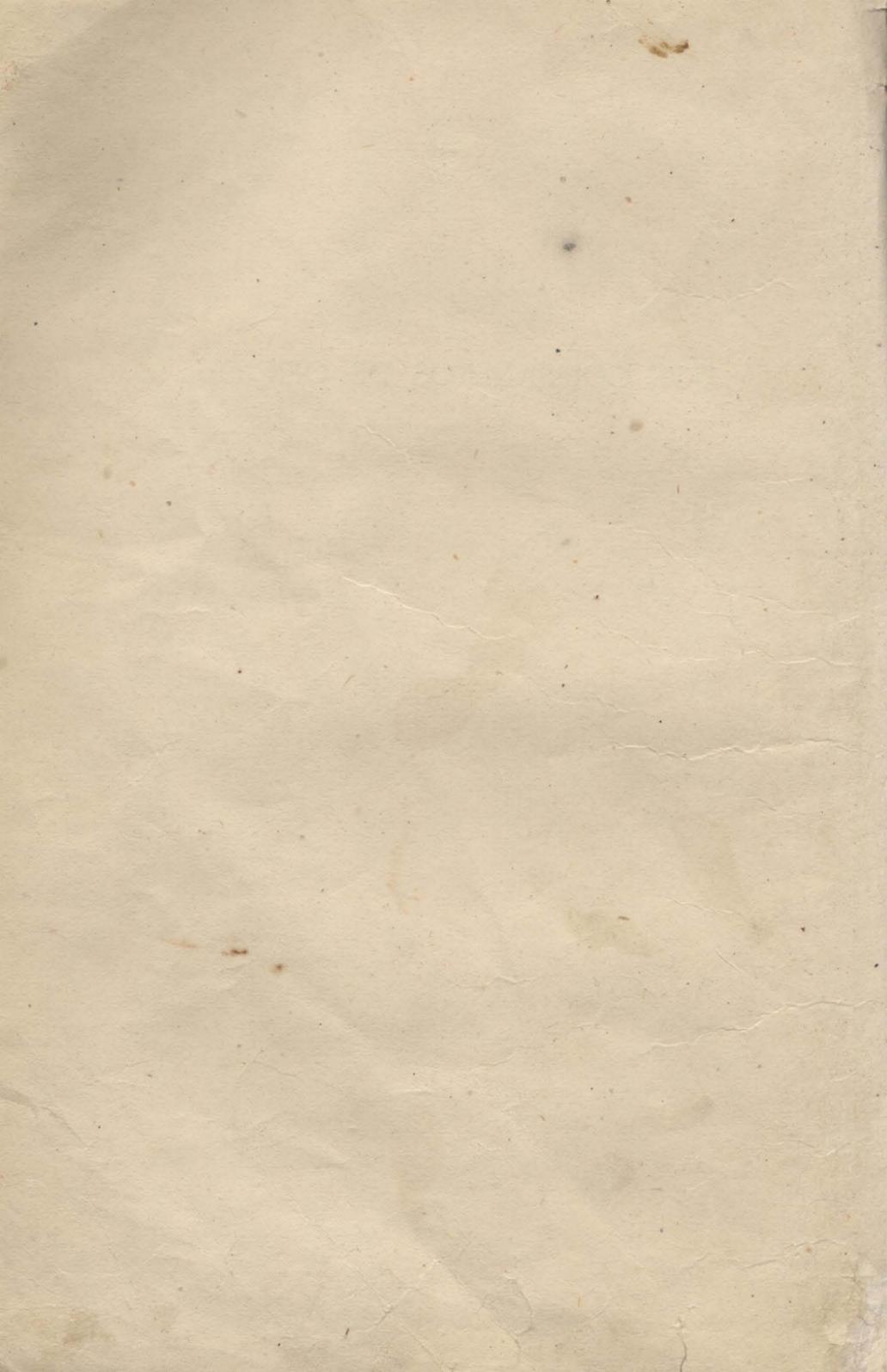
La trama de la vida

no volver a beber más que agua. Supo también que el joven con quien se encontraba su hija tan frecuentemente al ir y volver del baño, era hijo de uno de los personajes más ricos e importantes de Bagdad, y que había pedido formalmente la mano de Armina. Además, recibió el visir una carta del califa Amgiad, su soberano, declarándole que, después de reflexionar, consideraba prudente y enérgica su conducta, y asegurándole que gozaba más que nunca de la estimación regia. Por fin, la esposa del visir había hecho una visita a la esposa del gobernador de palacio, y había visto con sus propios ojos que el nuevo vestido de aquella dama era un verdadero mamarracho, por lo cual estaba ya de muy buen humor. Y hasta el cocinero había resuelto reparar la negligencia de la mañana, y sirvió a Alí una comida exquisita.

Así terminó, del modo más dichoso, un día que había comenzado tan adversamente, y el visir, al ir a acostarse, se confesó a sí mismo, sonriendo, que el genio, real o imaginario, le había dado una lección sabia, que nunca más olvidaría.



DOS COMPAÑEROS DE OFICIO



DOS COMPAÑEROS DE OFICIO

UNA vez, vino muy a menos el negocio del robo en cierta población gente se había tornado de pro buscado cerraduras ingles timbres de alarma y toda nales destinadas a de ladrones. Sus ne Los patronos ron rebajar ción a la a queja garon

Cuentos de Calleja

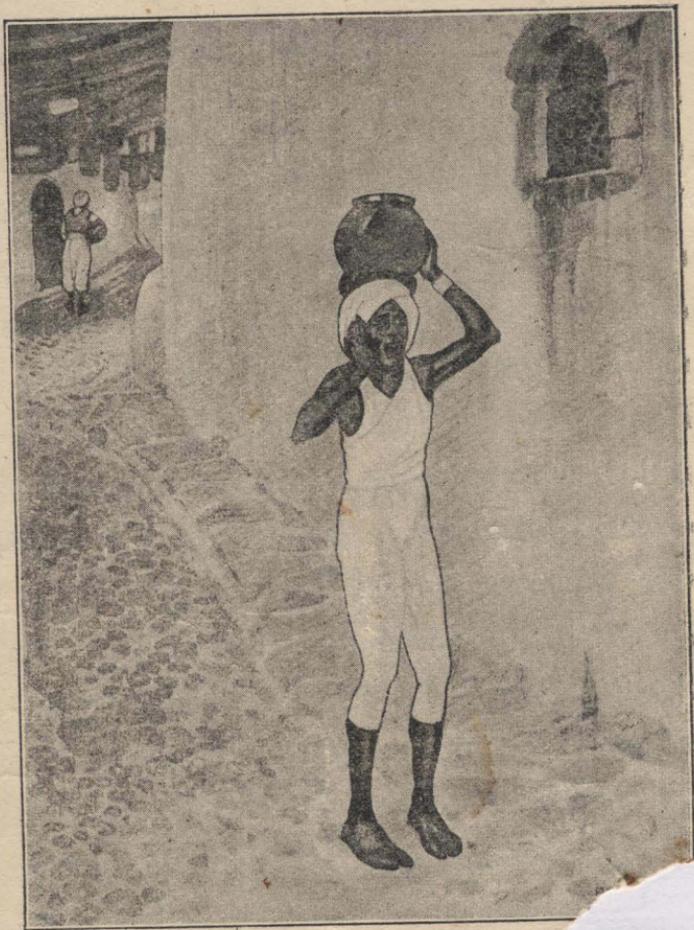
obreros y patronos, sin llegar a un acuerdo. Mientras tanto, la industria iba de mal en peor, hasta que, por último, desesperados los patronos, se retiraron del negocio, dedicándose a buscar alguna otra profesión honrada. No tardó en sobrevenir la bancarrota, y entonces todos los ladrones de menor cuantía fueron desapareciendo uno tras otro, dejando un solo representante de su antigua y honorable profesión.

Este individuo no era hombre capaz de abandonar su oficio. No era él uno de esos ladrones que lo mismo roban al desahogado que al pobre; él no era un vagabundo que se tomaba el mundo de tomo y lomo, que se movía de un lado para otro porque hay ladrones que se ganan el dinero por el arte de robar. Si hubiera sido más honrado, hubiera sido más útil a nuestro país.

de la
per-

Dos compañeros de oficio

negocio siguió empeorando y llegó a ponerse tan malo, que un día el hombre se asió a una última es-



¡A la buena miel! ¿Quién quiere la ric

Cuentos de Calleja

echó encima una capa de miel de caña. Luego se puso la olla en lo alto de la cabeza y salió por las calles de la población pregonando:

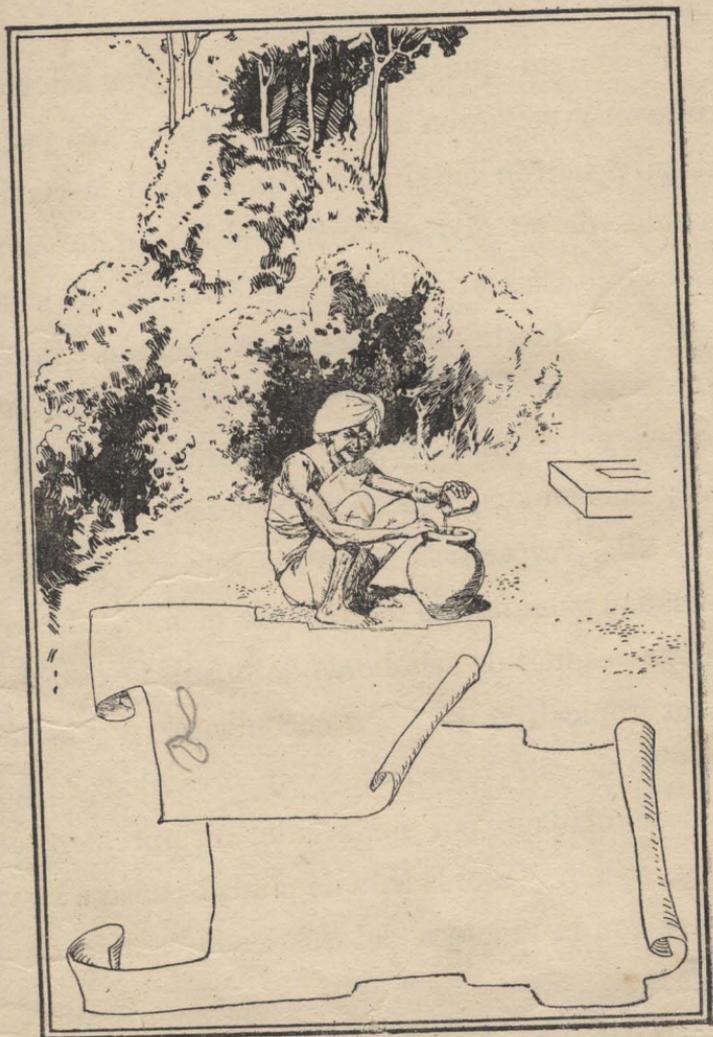
—¡A la buena miel! ¿Quién quiere la rica miel?

Mientras esto ocurría en la ciudad, no marchaban mejor las cosas en el campo. Los ladrones rústicos estaban pasando tan mala época como los ladrones urbanos. Aquel año no habían soplado los monzones y las cosechas se habían perdido, a consecuencia de lo cual había gran carestía en todo el territorio.

Después de una ruda lucha con su conciencia, todos los ladrones campestres habían recurrido a otros oficios para vivir; todos menos uno, que, como nuestro amigo el ladrón de la ciudad, no era un cualquiera en la profesión, sino un artista asiduo e inteligente; y siguió solo con el negocio hasta que las cosas concluyeron por ponerse tan desesperadamente malas, que tuvo que irse a la ciudad para ver si el negocio tomaba otro giro. Pero aquello estaba peor que el campo. El honrado ladrón se hallaba realmente muy apurado, quería ganarse la vida con cualquier medio, pero no encontraba ninguno.

Dos compañeros de oficio

barro, llenarla de arcilla, poner encima una delgada



... se le ocurrió coger una olla de barro, llenarla de arcilla...

capa de manteca y salir por la población con la olla
a la cabeza, gritando:

—¡A la buena manteca! ¿Quién quiere la rica manteca?

Y ocurrió que ambos honrados vendedores se cruzaron y volvieron a cruzarse varias veces por las calles; el ladrón de ciudad, ponderando las ócultas virtudes de su olla de miel, y el ladrón de campo, ensalzando las maravillosas cualidades de su manteca. Pero la suerte no favorecía su honrada empresa, gruesas gotas de sudor rodaban por sus caldeadas frentes, y sus humedecidos turbantes se entraban más y más en sus respectivas cabezas, bajo el peso de las ollas respectivas, mientras que los pies se les quemaban y herían de tanto pisar el abrasado pavimento. Después de seis horas de inútiles paseos bajo un sol tropical, volvieron a encontrarse, y entonces el ladrón de campo pensó: «Voy a cambiar la miel de ese ciudadano por mi arcilla; siempre será una compensación.» Y el ladrón de ciudad pensó a su vez hacerse con la manteca del rústico a cambio de su arcilla.

—Hermano—dijo el ladrón de campo—, los dioses no se nos muestran propicios, porque hemos equivocado el artículo que vendemos. Si te parece, vamos a cambiar.

Dos compañeros de oficio

—Tienes razón, hermano — exclamó el ladrón de ciudad—; tus palabras son las palabras de la sabiduría; cambiemos.

Y cambiaron las ollas, yéndose cada cual a su casa muy contento por habérsela jugado a un hermano; pero cuando destaparon con ansiedad las ollas, encontraron... ¡arcilla!

Ambos determinaron vengarse, y al día siguiente se echaron a la calle con este propósito. Pero cuando se vieron, se abrazaron larga y silenciosamente.

— Hermano — díjole el ladrón campesino —, uniendo nuestros talentos podemos sacar partido de nuestra profesión, pero la ciudad está mala ahora. Más vale que nos vayamos al campo.

—Muy bien, hermano; vámonos inmediatamente.

Como no tenían equipaje que llevar, se pusieron en marcha en el acto y recorrieron bastantes leguas sin encontrar trabajo. Por todas partes no había más que hambres y miseria, y no se encontraba ni un plátano que robar. Al fin, ya cansados y con los pies doloridos, tropezaron con un gordo y próspero prestamista, que parecía ser el único hombre satisfecho de este mundo.

—Favorecido del cielo—díjole el ladrón campes-

tre, haciendo una profunda reverencia—. ¿Tiene el



... tropezaron con un gordo y próspero prestamista...

protector de los pobres la bondad de dar algún trabajo a dos honrados menestrales?

Dos compañeros de oficio

—¡Honrados menestrales!—exclamó riendo el de la panza gorda—. ¡Querréis decir vagabundos empedernidos! ¡Lejos de aquí! ¡No tengo trabajo para gente como vosotros!

—¡Ten compasión, porque nos morimos de hambre!—imploró el ladrón ciudadano—. Danos cualquier trabajo, aunque sea por una comida. No te pedimos más.

—¡Ja!, ¡ja! ¡Cualquier trabajo! ¡Estoy por cogerte la palabra!—y volvió a reirse hasta que su faja burbujeaba materialmente a impulsos del mar de carne que tenía debajo. —¡Bueno!—siguió—. Mañana empezará. No tienes que hacer más que regar aquel árbol, aquel mango que hay en el extremo de mi huerto. Echá el agua suficiente para humedecer el suelo de alrededor; ni más, ni menos. El agua la sacas del lago con las ollas que encontrarás en la casa. En cuanto a tu amigo, que por su modo de hablar veo que es de la ciudad, se encargará de llevar mi vaca a pastar al campo. Os daré por vuestro trabajo un puñado de arroz. ¿Lo habéis oído?

—Oír es obedecer; se hará como manda el protector de los pobres.

A la mañana siguiente, el ladrón de la ciudad

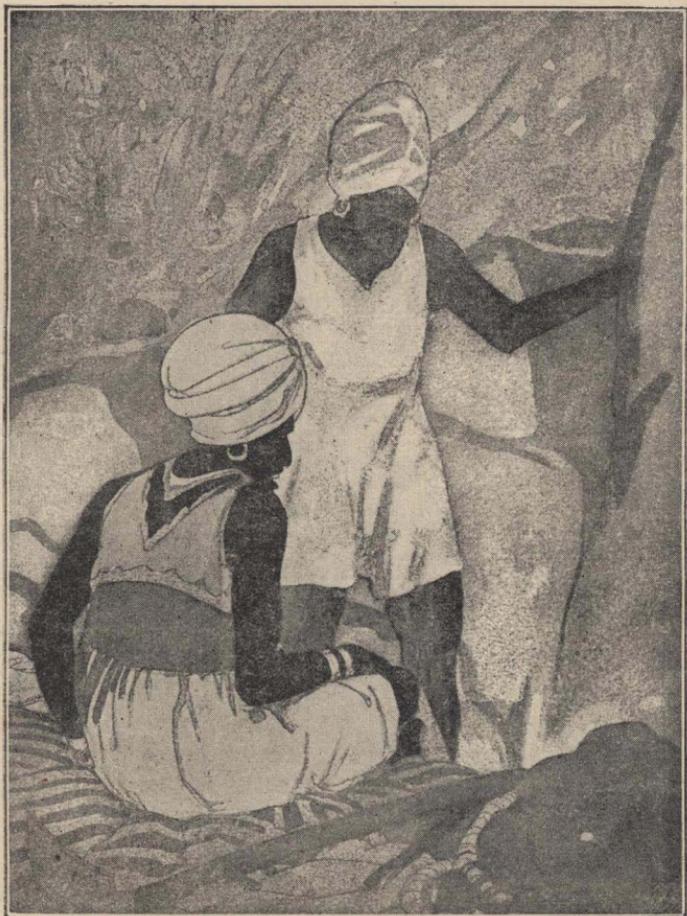
Cuentos de Calleja

sacó la vaca, pensando que era más afortunado que su compañero, porque seguramente valía más andar por el campo que estar sujeto en casa. Pero no conocía a la vaquita, que, apenas olió el aire del campo, rompió de un tirón la cuerda con que la llevaba de la mano el ladrón y salió corriendo, saltando, brincando, corneando y dando patadas como si de repente se le hubieran metido en el cuerpo diez mil demonios. El honrado ladrón, temiendo perder la vaca, la siguió todo el día saltando setos, zanjas, matorrales y zarzas, hasta que, todo maltrecho, herido, aporreado, arañado y sangrando por todo el cuerpo, regresó a casa por la noche en un lamentable estado y con un humor de todos los diablos.

Mientras él corría por los prados, el ladrón de campo no había escapado mejor. Creía inocentemente que todo su trabajo del día se reducía a coger la olla de agua para el riego, pero no sabía qué arbolito tenía que regar. Apenas echó el agua, se quedó la tierra tan seca como antes. Fué a la laguna, trajo dos ollas más y las vertió junto al árbol con igual resultado. Dos más... y nada. El mango tenía una sed insaciable. Hubiera vertido sobre sus raíces toda el agua que lleva el caudaloso Ganges y el agua ha-

Dos compañeros de oficio

bría desaparecido como si cayera en un pozo sin fondo. Desde por la mañana hasta por la noche estuvo



Los dos ladrones se reunieron por la noche...

yendo y viniendo de la laguna al árbol, con las pesadas ollas al hombro y, sin embargo, el mango

Cuentos de Calleja

seguía tan seco como la garganta de un borracho.

Los dos ladrones se reunieron por la noche, no sin haber procurado quitarse toda señal que delatase lo rudo del trabajo hecho durante el día.

—¿Qué tal te ha ido, hermano?—preguntó el ladrón campestre.

—Muy bien, hermano. Apenas llegué al campo, solté la vaca, extendí mi turbante bajo un árbol, me tumbé y me he pasado el día durmiendo de un tirón. Cuando me desperté encontré a la vaca pastando tranquilamente a poca distancia. Silbé y vino trotando detrás de mí todo el camino, tan dócil como una cordera. Es la verdadera encarnación de la diosa de la mansedumbre y mañana le voy a adornar la cuerua con una guirnalda de flores. Y diciendo esto, el honrado ladrón dió una larga fumada a su pipa con la mayor tranquilidad.

—Me alegro de veras, hermano, que te haya ido tan bien, porque yo he sido igualmente afortunado. Con una olla he tenido bastante para realizar mi trabajo, y he estado durmiendo en la terraza hasta que has venido.

Hubo una larga pausa, durante la cual sólo se oyó a los perros del campo que ladraban alegremen-

Dos compañeros de oficio

te al sentir el fresco de la noche. El ladrón campes-
tre miró furtivamente a su compañero, y por fin le
dijo con indecisión:

—Hermano, tú eres de la ciudad y no es justo
que trabajes en el campo. Yo, que soy rústico, estoy
más acostumbrado. ¿Qué te parece, hermano? ¿Cam-
biamos?

—Tienes razón, hermano — respondió el otro,
ocultando trabajosamente su ansia—; cambiemos.
Es verdaderamente admirable tu bondad y te agradezco
mucho que mires de ese modo por mí. Sólo
puedo pagarte dándote un humilde consejo. Me ha
parecido que el suelo está algo duro para dormir,
por lo cual creo que debes llevar mañana una cama
de cáñamo.

Y el ladrón rústico sacó al día siguiente la vaca,
llevando en la cabeza su cama; pero ¡qué trabajos
pasó en aquel terrible día! La vaca corneó y coceó
con más furia que nunca, asustada, quizás, por el
enorme fardo que su conductor llevaba a cuestas.
Fuera por lo que fuera, el caso es que el pobre hom-
bre tuvo que saltar setos y zanjás con la cama a la
cabeza, porque no se atrevía a dejarla en ningún
lado por miedo de que se la robasen. Una vez, por

Cuentos de Calleja

variar la monotonía de las molestias, ató la cuerda



La vaca corneó y coceó con más furia que nunca...

de la vaca a la cama y se sentó encima; pero la per-
versa res arrancó furiosamente como un demonio y

Dos compañeros de oficio

tiró a su guardián con la cama a una zanja llena de inmundicias...

En cuanto al ladrón de ciudad, como no había sacado nunca agua de una laguna, ¡ya os podéis imaginar lo que sufrió!

Por la noche se reunieron ambos ladrones en un largo y frenético abrazo. Ambos comprendían que habían encontrado un espíritu semejante, un alma simpática. Eran inútiles las palabras. Al fin el ladrón campestre dió expresión a sus pensamientos:

—Hermano, ¿qué habrá en las raíces del mango?
¿Vamos a cavar para verlo?

—¡Muy bien, hermano, muy bien! ¡Cavemos!

Y, cuando dormía todo el mundo, cogieron dos azadones y empezaron a cavar alrededor del árbol. Trabajaban por turno. Ya el pozo tenía más de diez metros de hondo; se hallaba en el fondo el ladrón de la ciudad, mientras que su compañero permanecía arriba, dispuesto a sacar con las ollas los restos de tierra arrancada por el primero; y habían ya las ollas bajado y subido varias veces, cuando llegó a los oídos del ladrón campestre, que estaba arriba, un agudo sonido metálico.

—¿Qué es eso, hermano?—preguntó con ansiedad.

Cuentos de Calleja

—¡Calla, hermano, calla! ¡Dos ollas llenas de



Corrió cuanto pudo a través de los campos, sofocado bajo el peso de su carga...

oro! Baja el *ban-key* y colgaré una a cada extremo.

El *ban-key* descendió; el ladrón de arriba sintió

Dos compañeros de oficio

los dos pesos, uno en cada extremo del palo; se echó éste al hombro y huyó con el dinero, creyendo dejar a su compañero en el fondo del pozo...

Corrió cuanto pudo a través de los campos, sofocado bajo el peso de su carga, hasta que al romper el día llegó a su pueblo natal, y entonces no pudo menos de reirse al pensar lo fácilmente que había burlado a su compañero.

—¡Qué tonto!— exclamó riéndose—. ¡Dejarme sacar las dos ollas, mientras él estaba en el fondo del pozo! ¡Ja!, ¡ja!

—¡Poco a poco, hermano!—replicó a sus espaldas el ladrón de ciudad—. No había más que una olla. Soy yo quien viene sentado en la de detrás.

El ladrón campesino estuvo a punto de dejar caer el *ban-key* del miedo que le dió oír la voz. ¡Sí! Sentado detrás, en el sitio de la otra olla, estaba el ladrón de ciudad, sonriéndose del modo más amistoso. ¡Qué tonto había sido su compañero!... ¡Le había traído a costas todo el camino!

Era inútil regañar por aquello, y además, por regla general, se tratan entre sí con más tacto los ladrones que los diplomáticos de las grandes potencias. Por lo tanto, el ladrón campesino puso buena

Cuentos de Calleja

cara e invitó a su camarada a pasar el día en su casa.

Ya de noche, cuando no había peligro de que los viese nadie, sacaron la olla llena de oro y se pusieron a repartírselo. La olla rebosaba de los *mohurs* más relucientes y rojos que habían alegrado su vista desde que tenían uso de razón. Estaban emocionadísimos, cosa perfectamente perdonable después de las grandes privaciones que habían sufrido últimamente; así, pues, transcurrieron unos minutos antes de que pudieran comenzar el reparto. Moneda tras moneda fué sacado el oro y colocado alternativamente en dos montoncitos que, al crecer, les arrancaban gritos de alegría y exclamaciones de satisfacción y de asombro. Al fin quedó vacía la olla, sobrando un *mohur* de oro que, naturalmente, no podía partirse por la mitad, y se suscitó una cuestión sobre quién de los dos debía quedarse con la moneda. Ambos se creían con mayores derechos: uno alegaba el del descubrimiento, y otro el de ocupación. Cualquiera que los hubiera oído los hubiera tomado por dos jurisconsultos discutiendo algún caso famoso ante el presidente del Tribunal Supremo; tan sorprendente era su agudeza forense, tan profundas las sutilezas legales con

Dos compañeros de oficio

que aquellos ladrones defendían la posesión de la solitaria moneda de oro.

—¡Cambiémosla, hermano!—exclamó por último el ladrón campestre—. Ocultémosla en algún sitio seguro esta noche y mañana la cambiaremos en rupias en el mercado.

—Muy bien, hermano; escondámosla.

Envolvieron el *mohur* en un trapo y lo escondieron. Después se fueron a dormir.

El ladrón urbano se despertó a las dos horas, y, sospechando de su amigo, fué a ver la moneda de oro al sitio donde la habían escondido. ¡La moneda no estaba allí! Pero en vez de armar jaleo por la pérdida, el ladrón se acercó silenciosamente a su amigo, que dormía profundamente, y le examinó las manos. ¡Sí; tenía el brazo blanco hasta el codo!

—¡Este granuja ha escondido la moneda en el saco de la harina!—pensó riéndose. Y no se había equivocado, porque hundiendo el brazo en el talego sacó la moneda envuelta en el trapo. Entonces hizo con ella lo que luego se sabrá y se volvió a dormir.

El ladrón campesino se despertó poco después, y deseando asegurarse de que la moneda seguía en el saco donde la había escondido, fué a verla. ¡No esta-

ba allí! Pero como era tan listo como su amigo, no escandalizó por el nuevo robo, sino que se acercó a su dormido camarada y empezó a tocarle las extremidades. ¡Tenía ambas piernas frías y húmedas hasta la rodilla, y lo mismo el brazo derecho hasta el codo!

—¡Este pillo la ha escondido en la charca!—murmuró entre dientes, y se dirigió a ella a oscuras. Al acercarse al agua por un lado, las ranas que había en la orilla se echaron al agua asustadas. Igual ocurrió por el segundo y tercer lado, pero no por el cuarto, en el que reinaba la mayor tranquilidad y silencio.

—Ya veo que ha estado aquí ese granuja y ha espantado a las ranas—dijo—, y riéndose de su penetración se puso de rodillas, introduciendo el brazo derecho en el agua hasta que pescó el trapo. Lo extendió apresuradamente y encontró que la moneda había desaparecido. ¡Su ladino compañero la había escondido en otra parte y había metido el trapo en el agua para desorientarlo! ¿Dónde estaría la moneda? Era imposible averiguarlo sin tener ningún rastro. Pero resolvió vengarse. Corrió a su casa, despertó a su mujer y le dijo que le diese una cuerda fuerte y un trozo de lienzo para envolver y atar de pies y

Dos compañeros de oficio

manos al ladrón ciudadano como un cadáver y llevarlo a cuestras al campo. Antes de que pudiera despertarse, el durmiente estaba envuelto y atado, y su compañero lo arrastraba, seguido de su mujer, la cual iba mesándose los cabellos y dándose golpes en el pecho para hacer creer que se había muerto el hermano de su marido.

Cuando llegaron al cementerio, distante media legua del pueblo, el ladrón campesino mandó a su mujer que se volviera a casa, y luego, pasando la cuerda por la rama de un árbol a modo de polea, dejó colgando en el aire el supuesto cadáver. Apenas lo hubo hecho, oyó pisadas, y al tender la vista por el campo vió venir una cuadrilla de bandidos, por lo cual dejó a su compañero suspendido entre cielo y tierra, como dicen que está el féretro de Mahoma, y lleno de espanto se apresuró a encaramarse en un árbol próximo para esconderse entre el ramaje. Llegaron los bandidos alegremente, riéndose y bromeando, y no tardaron en ver el cadáver en tan fantástica postura.

—¡Eh, muerto!—gritó el capitán—. Ya te hemos visto la cara; veremos ahora si nos das buena suerte en esta expedición.

Y sin añadir más, los bandidos se marcharon.

Pero el ladrón campestre tenía tanto miedo, que no se atrevió a bajar de su escondite, temiendo que los bandidos volviesen inesperadamente y le degollasen para que no los delatara. Y sus cálculos fueron ciertos. Al poco rato volvieron los bandidos, riéndose y bromeando más regocijadamente que antes, porque habían hecho un buen robo en casa de un rico de las cercanías. El ladrón campestre devoraba el botín con ojos glotones, porque había vajillas de plata, joyas y piedras preciosas en gran cantidad. Le comía la envidia. De pronto, oyó decir a un bandido:

—Capitán, ese muerto nos ha traído la buena suerte. Vamos a llevárnoslo para mirarlo todas las mañanas y que nos proporcione tan buena fortuna como hoy.

—Tienes razón, amigo. Voy a cortarle la cabeza con el alfanje.

El osado capitán trepó por el tronco del árbol hasta llegar al cadáver, y ya había desenvainado el arma para descargar el golpe fatal, cuando el muerto hizo una contorsión espantosa, y un alarido terrorífico y endemoniado como nunca hubo oído en su

Dos compañeros de oficio

vida, resonó en las propias narices del capitán de



... del capitán de bandidos, que lanzando un grito de terror,
se cayó del árbol.

bandidos, que lanzando un grito de terror, se cayó
del árbol.

—¡Un fantasma!, ¡un demonio!—gritaron los ladrones; y dejando el rico botín echaron a correr, como si les persiguiese el mismo diablo.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡amigo mío!—exclamó el ladrón de la ciudad, dirigiéndose a su compañero—. Me dejaste en el aire y huíste a ese árbol cuando llegaron los bandidos, pero yo solito me he bastado para robar a una cuadrilla de ladrones y quedarme con todo lo que poseían. Ahora di quién tiene más derecho a la moneda de oro.

—¡Tú, hermano, tú! ¡Y que de salud te sirva!

Diciendo esto, el ladrón de campo bajó de su escondite, muy contento por haber librado la pelleja, y quitó a su compañero de la incómoda postura en que se hallaba. Luego recogieron todas las joyas y el dinero abandonados por los bandidos y se fueron amistosamente a casa del ladrón campestre, donde vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos que, andando el tiempo, fueron la alegría de sus padres, porque supieron practicar con provecho y honradez la antigua profesión de los autores de sus días.

NUNCA HUYÁIS DEL LEÓN



El principe Azgiol.

NUNCA HUYÁIS DEL LEÓN

EN una ciudad del oriente vivía un joven príncipe, llamado Azgiol, virtuoso e inteligente, pero un poco cobarde.

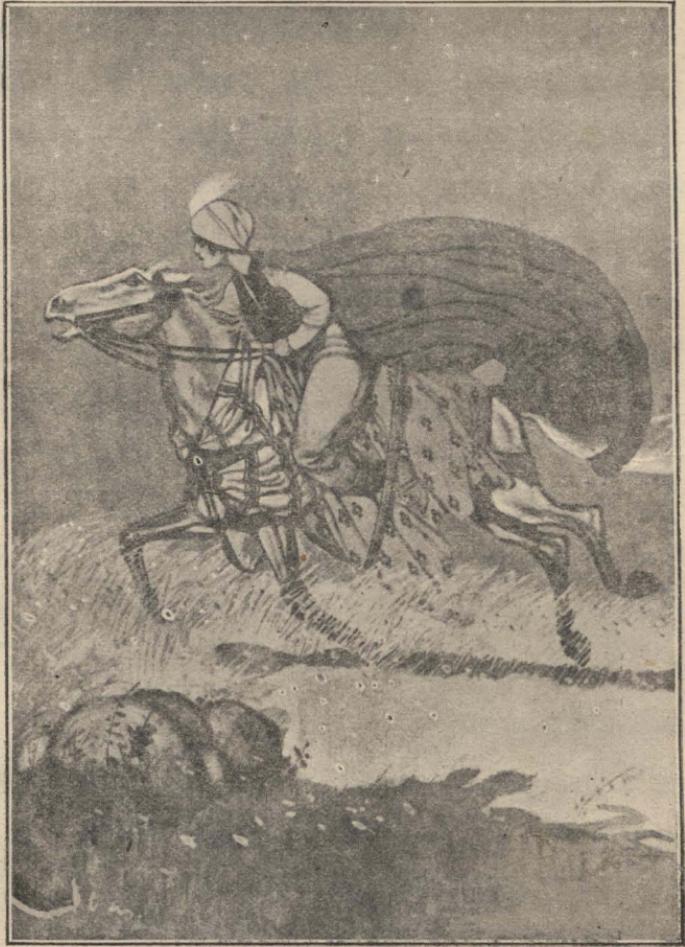
Acababa de morir su padre, y el príncipe espera-



ba su coronación, cuando pocos días antes del señalado para la ceremonia, se presentó a él el anciano visir para manifestarle que, antes de subir al trono,

Cuentos de Calleja

debiera sujetarse a una antiquísima costumbre del reino, según la cual el nuevo Rey tenía que luchar



... montó en su caballo y salió de la ciudad.

con un gran león rojo que estaba enjaulado en los sótanos del palacio.

Nunca huyáis del león

Al oír esto, el príncipe se asustó de tal manera, que decidió huír inmediatamente, como lo hizo. Levantóse a media noche, se vistió de prisa, montó en su caballo y salió de la ciudad.



Tres días después de la vergonzosa huída, llegó Azgiol a una deleitable arboleda, de la que llegaban, con la brisa pura, los acordes de una rara música; y encontró a un joven muy bello que tocaba una flauta, al tiempo que regía un pequeño rebaño

de ovejas. El pastor saludó cortésmente al viajero, y éste le suplicó que siguiera tocando, porque nunca en su vida había escuchado música tan armoniosa. Entonces el músico le dijo a Azgiol que era esclavo de un rico labrador llamado Oaxus, a cuya casa, que estaba cerca, ofreció llevarle. El príncipe aceptó de buen grado la invitación; y pocos momentos después entraban los dos en casa de Oaxus, el cual dispensó al viajero una cariñosa acogida y le ofreció de comer y de beber.

Cuando Azgiol hubo acabado la comida, miró fijamente a Oaxus, y le dijo así: —Desearás, sin duda, saber quién soy y qué me trae por aquí; y te digo que soy un príncipe a quien graves sucesos han arrojado de su patria. Perdona que no te revelé mi nombre, porque es un secreto que debo guardar celosamente. Si no te importa, me gustaría quedarme en este paraje delicioso. Tengo medios de vida, y te puedo pagar tu hospitalidad.

Oaxus respondió al príncipe que tendría un gran placer en verlo a su lado todo el tiempo que quisiera, y le rogó que no pensase en ofrecerle pago alguno.

—Y ahora, Isdril—añadió Oaxus, dirigiéndose al esclavo—, muestra al príncipe nuestras fuentes y

Nunca huyáis del león

nuestras cañadas, nuestras rocas y nuestros bosques, porque pienso que él es bien capaz de gustar la hermosura de esta naturaleza prodigiosa.

Obediente, Isdril tomó su flauta y salió con el príncipe.

Después que hubieron recorrido el maravilloso paraje, se sentaron los dos a descansar en un valle sombreado y lleno de flor. Isdril se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar una melodía que arrobaba a Azgiol, el cual, mientras, pensaba que, si algún día dejaba aquel ameno apartamiento, compraría a Oaxus, si el labrador quería, aquel esclavo, que era músico tan excelente. El pastor rompió, brusco, el hechizo que tenía extasiado al príncipe, y poniéndose de pie le dijo:

—Es hora ya de irnos.

—¿Y por qué vamos a dejar tan pronto este hermoso valle?—pregutóle el príncipe.

—Los alrededores están llenos de leones—repuso el pastor—y es prudente irse temprano. Una vez lo olvidé, y te juro que no me sucederá más—. Y mostró al príncipe una gran cicatriz que tenía en el brazo.

Azgiol se puso pálido y anduvo en silencio. Cuando llegaron a la casa, dijo a Oaxus que había cambia-

do de ideal y que tenía que ir más lejos. Dióle las gracias, se despidió de él y de Isdril, y se alejó al galope de su caballo.

Anduvo otros tres días, y al cuarto llegó a un vasto desierto en el que se alzaba un obscuro campamento. Se fué, alegre, hacia sus negras tiendas, deseoso de hallarse con alguien, porque tanto él como su caballo estaban extenuados de hambre y de fatiga.

El príncipe fué recibido por un jeque, hombre digno, al que le dijo lo que antes dijera al bondadoso Oaxus; y, lo mismo que el labrador, Hajaar, que así se llamaba el jeque, respondióle que no quería otra remuneración que el placer de su compañía, y que le sería gratisimo tenerle como huésped, si así pudiera ser. Luego presentó a Azgiol a gran parte de sus amigos, y le ofreció un magnífico caballo tordo.

Pasaban los días. Cada mañana acompañaba Azgiol al jeque en sus cacerías de antílopes, con lo que gozaba grandemente; y empezaba ya a creer que había encontrado el modo de vivir feliz y tranquilo, cuando, una noche, estando en el lecho, se le acercó Hajaar y le habló de esta manera:

—Hijo mío, tengo que decirte una cosa. Toda mi

Nunca huyáis del león

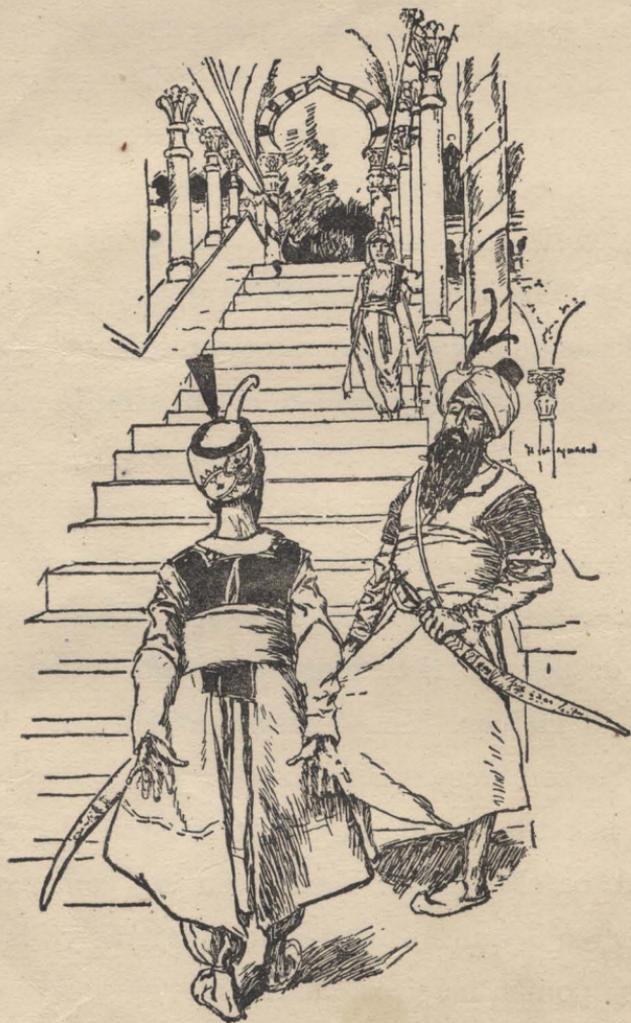
gente está muy contenta de ti, más que nada por la destreza que en las cacerías has probado. Pero nuestra vida no puede dedicarse por entero a tan fáciles recreos y a veces tenemos que luchar encarnizadamente con otras tribus; mis hombres son todos ellos guerreros consumados y, antes de tener plena confianza en ti, quieren que les des una prueba de tu valor. Oye: dos leguas al sur de aquí, hay unas montañas llenas de leones. Mañana temprano ve, montado en tu caballo tordo y armado con el alfanje y con mi lanza; mata un león y traénos su piel. Así sabremos que podemos confiar en ti para la guerra.

Apenas se hubo retirado el jeque, Azgiol se levantó, se vistió, salió silenciosamente de su tienda y fué a despedirse tristemente del caballo que le había prestado Hajaar. Montó luego en el suyo, y huyó entre las sombras de la noche.

A la tarde del día siguiente vió con alegría que se acababa el desierto. Y entró en una comarca pintoresca, en la que los montes, las praderas y los arroyos componían mágicos cuadros.

Caminando por un bosque, llegó al pórtico de un rico palacio, que se alzaba en medio de un jardín extraordinario. Su dueño, que por las trazas era un

opulento emir, estaba sentado en el p \acute{o} rtico con una doncella de cabellos de oro.



El emir recibió bondadosamente al príncipe. Llevóle a que viera su palacio, que era aun más bello por dentro. Deslumbraba todo con su polieroma y

Nunca huyáis del león

brillante profusión de oro y de piedras preciosas. Las paredes y los techos se engalanaban de pinturas raras, y cerraban las ventanas vidrieras vistosas de valor incalculable. Luego, el emir ofreció a su huésped buena porción de delicadas viandas.

Azgiol hizo de él la presentación sabida, declarando su rango, pero guardando su nombre; y rogó también al emir que le permitiera permanecer algún tiempo en aquel palacio esplendoroso. Contestóle el emir cortésmente, que podía quedarse allí hasta el fin de sus días, si lo deseaba, que él en ello tenía gran satisfacción; y luego le rogó que esperase unos instantes, porque aguardaba a unos amigos suyos, y había de hacer los preparativos necesarios para recibirlos.

Azgiol se quedó con la doncella de cabellos de oro, que era hija del emir y se llamaba Perizida, de la que se había prendado desde el momento en que la viera. Ella lo llevó al jardín, y después de mostrarle la belleza de sus flores, volvieron al palacio.

Estaban los aposentos, en que ardían miles de luces, llenos todos de gente. Pasó Azgiol por varios de ellos al lado de Perizida. En una tranquila estancia vió sobre un diván un laúd, y rogó a Perizida que

cantase con él alguna canción, si sabía, a lo cual accedió graciosamente la joven. Cuando más embelesado estaba el príncipe escuchando la música, sacóle de sus delicias un fuerte ruido extraño. Azgiol preguntó a Perizida qué era aquello.

—¡Nada!—repuso la joven sonriendo—¡Es Bulak, nuestro portero negro, que bosteza!

—¡Debe tener unos pulmones excelentes!—exclamó Azgiol.

Los invitados se fueron retirando y Perizida se retiró también. El emir y el príncipe siguieron un rato charlando y fumando. Al fin, el emir quiso acompañar a Azgiol a la estancia en que le había preparado el lecho, y despacio iban hacia ella cuando, al llegar al pie de una escalera suntuosa, que era toda de mármoles verdes y amarillos, Azgiol quedóse horrorizado al ver un enorme león negro que estaba echado en el último descanso. Y preguntó al emir con voz desmayada qué era aquello.

—Es Bulak, nuestro portero negro—respondió el emir—. Un león familiar, que no te hará daño si no le tienes miedo. Pero si conoce que se le teme se torna feroz.

—¡Pues yo le temo!—dijo el príncipe.

Nunca huyáis del león

Y no halló el emir medio de convencerle para que subiese la escalera. Hubieron de volver al salón y Azgiol quedóse echado en un diván.

Cuando se vió solo, Azgiol cerró cuidadosamente la puerta y las ventanas y se acostó; pero no pudo pegar un punto los ojos, porque oía pasar al león, que una vez llegó hasta la puerta y, con un rugido terrible, se abalanzó sobre ella, haciéndola gemir bajo su impulso.

Azgiol se puso a meditar. Sin duda había ofendido a la Providencia al huír del viejo león rojo que tenía en su palacio, pues que desde entonces no hacía más que hallar leones a cada paso. Y resolvió someterse a lo que el destino le tenía señalado. Regresaría a su patria y cumpliría la condición exigida para que pudiera reinar.

Así, pues, apenas vió al emir a la mañana siguiente, le dijo la verdad. El emir, que había conocido al Rey Almamún, padre de Azgiol, aprobó efusivamente la resolución del joven, al cual bendijo al despedirse, proporcionándole además todo lo necesario para un rápido viaje. Y Azgiol se fué, sin ver más a la hermosa Perizida.

En su viaje de retorno, Azgiol pasó por el cam-

Cuentos de Calleja

pamento árabe y le dijo todo al bondadoso Hajaar. Preguntóle también por el hermoso caballo que antes le prestara.

—Celebraría mucho— respondió Hajaar— que volvieras a montarlo y a quedarte con nosotros; pero sería un mal impedir tu noble empresa. ¡Vuelve a tu patria y cumple tu deber como un hombre!

Después Azgiol visitó a Oaxus, a quien confesó, como a los otros, su nombre y su alcurnia, declarando su falta y su arrepentimiento.

—¡Sigue tu camino, amigo mío—díjole el noble labrador—, y que Dios te dé la fuerza necesaria para llevar a cabo tu valerosa resolución!

Le pidió Azgiol que saludara a Isdril y que le dijera que esperaba volver a escuchar su dulce música sin temor a los leones.

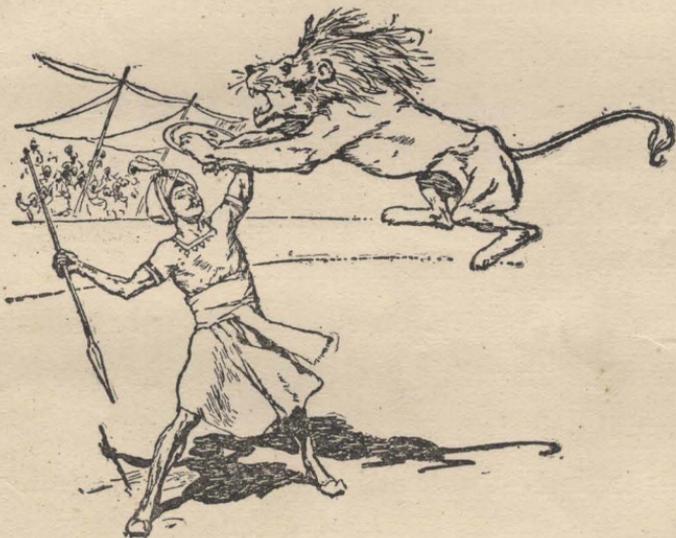
El príncipe siguió el camino hasta llegar a su palacio, y en cuanto hubo bajado de su caballo dijo al visir su propósito de luchar con el viejo león rojo.

Lloró el anciano de alegría al ver regresar al príncipe, y dispuso todo lo necesario para la lucha, que había de tener lugar en el término de una semana.

Llegaron el día y la hora, y el príncipe entró en

Nunca huyáis del león

la plaza, donde ya le aguardaba el león, el cual lanzó un espantoso rugido y se iba despacio a su rival, mirándole con fiereza. Pero Azgiol no flaqueó. Con firme mirada le salió al encuentro, lanza en mano. Dió el león un salto y, lanzando otro rugido, pasó por encima de la cabeza del príncipe, sin tocarle.



Luego vino corriendo hacia él mansamente y le lamó las manos con muestras de sumisión.

Entonces el visir dijo al príncipe que había vencido y que podía retirarse de la lucha. Tras Azgiol iba el león, como un perro.

—Ve, príncipe Azgiol, que el león es manso y que no hace daño. Tú lo ignorabas y has probado tu

Cuentos de Calleja

valor mostrándote dispuesto a luchar con él. Ahora te digo que eres digno ya de subir al trono de tus heroicos antepasados.

Dos hombres, uno anciano y otro joven, se acercaron a felicitar al príncipe. Eran Oaxus e Isdril.

—Príncipe Azgiol—dijo el viejo labrador—, en recuerdo de este memorable y feliz día, te hago este regalo—y al decir esto le dió su esclavo Isdril.

—¡Te lo agradezco de corazón, Oaxus!—contestó el príncipe—. Y tú Isdril, ya no eres esclavo. Desde ahora te declaro libre; serás mi compañero y me deleitarás con tu música exquisita.

Luego se presentaron el jeque Hajaar, con unos hombres de su tribu y el caballo tordo que tanto gustara al príncipe.

—¡Azgiol!—díjole el jeque—, te felicito con toda mi alma y te ruego aceptes este caballo.

El príncipe abrazó al jeque, dándole las gracias, y besó al caballo, que le devolvió el beso con un cávido relincho.

El emir vino al fin a presentarse a Azgiol. Le rodeaba una brillante comitiva con músicas y banderas.

—Vengo a felicitarte, príncipe—le dijo—. No te

Nunca huyáis del león

traigo regalo alguno, pero soy tuyo y tuyo es cuanto me pertenece.

—¡Cómo me alegra tu presencia!—repuso Azgiol—. Dime, ¿y tu hija? ¡En cuanto sea coronado, iré a visitarla a tu palacio!

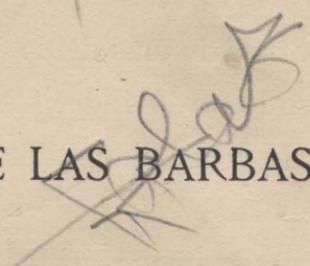
—No tendrás que ir a verla—dijole el emir—. Ven.—Y llevó a Azgiol al lado de Perizida que, velado el rostro por un espeso tul y montada en un caballo blanco, esperaba.

La coronación de Azgiol y su boda con Perizida se celebraron el mismo día. Reinaron los dos felizmente muchos años. Azgiol rey, ordenó que fueran escritas sus aventuras para ejemplo de príncipes cobardes. Y en la puerta verde del palacio se grabaron con grandes letras de oro estas palabras:

NUNCA HUYÁIS DEL LEÓN

*Nunca
H*

EL ENANO DE LAS BARBAS



EL ENANO DE LAS BARBAS

HACE muchos siglos, vivía en un país desconocido un rey que tenía una hija de incomparable belleza, a quien el pueblo, en prueba de la admiración que le producían sus encantos y la dulzura de su carácter, la llamaba Brillante Estrella, nombre tan apropiado a ella que nadie empleaba otro para llamarla. Como es natural, había muchos apuestos príncipes que aspiraban a casarse con ella; trató a todos con mucha deferencia, y prefirió al príncipe Constante. Y previo el consentimiento del rey, una mañana de Mayo, se dirigieron con numeroso y magnífico séquito al templo donde había de solemnizarse la unión.

Varios de los príncipes cuyas pretensiones no habían sido oídas por la princesa, se habían marchado

Cuentos de Calleja

ya muy tristes a sus lejanos reinos; pero se había quedado uno muy poderoso llamado Bulfstroll, de cuerpo enano, con una gran joroba en la espalda y unas barbas de más de dos metros de largo, hombre perverso hasta lo indecible. Y se había quedado con ánimo de vengarse del desaire que la princesa le había hecho.

Como era mago, para llevar a cabo su perverso propósito, en el momento de llegar la comitiva a la puerta de la iglesia, se convirtió en un remolino de viento, que llenó el aire de polvo cegador, y aprovechó la ocasión para coger a Brillante Estrella y llevarla hasta las nubes, desde donde descendió al poco rato hasta su palacio subterráneo. Allí dejó en un sofá a la princesa, que había perdido el conocimiento.

Cuando la princesa volvió en sí, se encontró en una sala espléndidamente amueblada, que era parte de los aposentos de un gran palacio, según vió cuando pudo levantarse y examinar todo lo que la rodeaba.

De pronto advirtió que, por manera invisible, había sido puesta ante ella una mesa llena de platos de oro y plata con manjares tan apetitosos, que a

El enano de las barbas

pesar de su disgusto no pudo menos de probarlos, y como le supieran bien siguió comiendo hasta aplacar



... un trono de oro y piedras preciosas en el que se sentaba el enano jorobado de la barba ...

por completo el apetito. Después se echó y procuró dormir; pero en vano quiso cerrar los ojos, porque sin querer siguió contemplando las brillantes luces que ardían sobre la mesa, el magnífico mobiliario y

Cuentos de Calleja

todo cuanto había en el aposento. Al cabo de un rato se abrió la puerta y entraron cuatro negros que llevaban a hombros un trono de oro y piedras preciosas, en el que se sentaba el enano jorobado de la barba de más de dos metros.

Bulfstroll descendió del trono y acercándose al



sofá trató de besar a la princesa; pero ella le rechazó con una sonora bofetada que le hizo tambalearse, al tiempo que veía las estrellas y le sonaban los oídos como si escuchase el tintineo de innumerables campanillas. El enano no pudo contener un grito, tan estrepitoso que hizo retemblar todo el palacio; pero

El enano de las barbas

no queriendo demostrar su enfado a la princesa, dió media vuelta para marcharse, con tan mala fortuna que se enredó en sus largas barbas; y al movimiento que hizo para no perder el equilibrio se le cayó al suelo una gorrita que llevaba en la mano, y que tenía la virtud de hacer invisible al que se la ponía. Los negros acudieron prestamente a sostener a su amo, y después de haberle sentado en el trono se retiraron todos precipitadamente.

En cuanto se quedó sola la princesa se levantó del sofá, echó el pestillo de la puerta y, por capricho, se puso la gorrita y se acercó a un espejo para ver qué tal le sentaba. ¡Y cuál no sería su asombro al ver que el cristal no reflejaba su imagen! Se quitó la gorrita y volvió a mirarse al espejo, descubriendo así la causa de aquello. Entonces volvió a ponerse la maravillosa gorrita y empezó a pasearse muy contenta.

Poco después se abrió violentamente la puerta y entró muy furioso el enano con la incómoda barba al hombro para que no le molestase al andar, y como no viese a la princesa ni a la perdida gorra, comprendió lo que sucedía y se puso a registrar todos los rincones y a palpar los muebles, y hasta levantó la alfombra. Mientras se dedicaba a la inútil busca, la

Cuentos de Calleja

princesa, invisible gracias a la virtud de la gorra, salió del palacio y huyó al jardín, que por cierto era bellísimo e interminable.

Allí vivió tranquila comiendo frutas deliciosas, bebiendo agua purísima de una fuente y riéndose de la impotente furia del enano, que la buscaba sin cesar. Algunas veces se divertía tirándole huesos de ciruela o quitándose la gorra un momento para dejarse ver y reírse del enano en sus propias barbas.

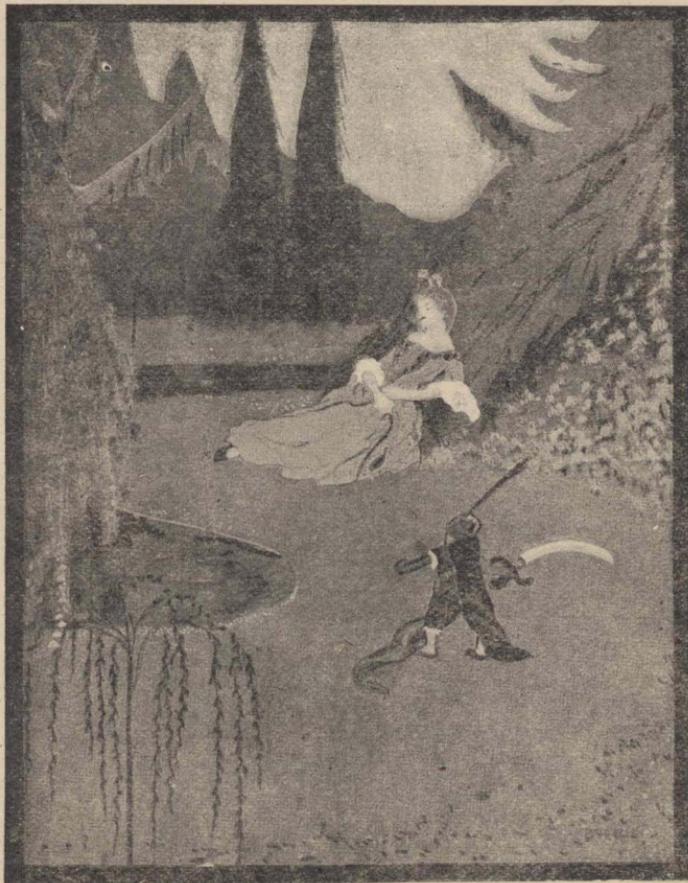
Un día que estaba divirtiéndose de esta manera, se le enganchó la gorrita en las espinosas ramas de un macizo de grosellas, y el enano aprovechó la ocasión para coger a la joven; se disponía a coger también la gorra, cuando resonó en los aires el guerrero toque de una trompeta.

Lanzando mil maldiciones y temblando de ira, sopló a la princesa, dejándola dormida instantáneamente, gracias a sus artes mágicas, y desenvainando su alfanje de dos filos se remontó hasta las nubes para caer sobre quien viniese a provocarle y matarlo de un solo tajo de su arma.

Antes de seguir adelante, vamos a volver al punto en que la princesa fué arrebatada por el enano ante la iglesia.

El enano de las barbas

El torbellino de aire y polvo sembró la confusión entre la gente, dispersó la procesión y produjo gran



... sopló a la princesa dejándola dormida instantáneamente...

tumulto en la comitiva de los novios. El padre de la princesa desaparecida y el príncipe Constante la buscaron por todas partes, llamándola a gritos, hasta

Cuentos de Calleja

que por último, desesperado el rey por la inutilidad de sus pesquisas, lanzó una proclama prometiendo tomar por yerno y dar la mitad de su reino al hombre que encontrase a su hija y la trajese sana y salva. Sin perder momento, todos los jóvenes que aspiraban al codiciado premio montaron a caballo y partieron a galope en distintas direcciones.

El príncipe Constante, que también salió en busca de su prometida, cabalgó durante tres días y tres noches, sin comer, beber ni dormir, hasta que ya bien avanzada la tarde del tercer día, rendido por la fatiga, detuvo el caballo en una pradera y echó pie a tierra con ánimo de descansar unos momentos. Pero apenas hubo desmontado oyó gritos lastimeros y vió una pobre liebre sobre cuyo lomo clavaba sus garras un buho de gran tamaño. El príncipe cogió inmediatamente una cosa que él creyó piedra, pero que en realidad era una calavera, y la arrojó con tanta destreza que mató al buho. Libre ya de su enemigo, la liebre corrió al lado del príncipe, y después de hacerle unas cuantas fiestas para demostrarle su agradecimiento se alejó. Entonces la calavera arrojada al buho por el príncipe le habló de esta manera:

—Te doy las gracias, príncipe Constante, por el

El enano de las barbas

servicio que me has prestado. Pertenezco a un desgraciado que se quitó la vida, y por el crimen de suicidio fué condenado a rodar por el polvo hasta que encontrase modo de salvar la vida a una criatura de Dios. Por espacio de setecientos setenta años



he rodado por el suelo sin merecer el más pequeño gesto de compasión de ningún sér humano. Tú me has librado de la pena impuesta a mi crimen, salvando conmigo a esa pobre liebre, y en gratitud por ese favor voy a enseñarte a llamar a un caballo maravilloso que me perteneció en vida, y que te prestará mil servicios. Cuando lo necesites no tienes que hacer

sino ponerte en un llano y sin mirar atrás llamarle con estas palabras:

*Corcel maravilloso,
de las crines de oro,
llévame por el llano,
volando como un pájaro,
surcando los espacios
con silencioso paso.*

Y ahora completa tu obra de caridad enterrándome aquí para que pueda reposar en paz, y sigue tu camino esperando ver realizada tu empresa.

El príncipe abrió una fosa al pie de un árbol y enterró piadosamente la calavera rezando una plegaria. Cuando estaba echando el último puñado de tierra, vió salir del suelo una tenue llama azul. Era el alma del muerto que subía al cielo, feliz y contenta de verse libre de su larga pena.

El príncipe se dirigió al llano, cuidando de no volver la cabeza, y para probar la eficacia de la invocación que le había enseñado la calavera, dijo en voz alta:

El enano de las barbas

*Corcel maravilloso,
de las crines de oro,
llévame por el llano,
volando como un pájaro,
surcando los espacios
con silencioso paso.*

Entre relámpagos, silbidos y truenos se presentó un caballo, ligero como el viento, de piel listada y crin de oro. De sus ojos y de sus narices salían llamas, y la boca y las orejas humeaban. Deteniéndose ante el príncipe, dijo con voz humana:

—¿Cuáles son tus órdenes, príncipe Constante?

—Soy muy desgraciado y necesito tu auxilio— respondió el príncipe. Y le contó el infortunio que pesaba sobre él.

—Entra por mi oreja izquierda y sal por la derecha—dijo el mágico caballo.

El príncipe hizo lo que el caballo le decía y salió por la oreja derecha del caballo magníficamente armado. El peto de la armadura estaba lleno de adornos de oro y piedras preciosas, el casco era de reluciente acero y sus armas, una espada y una maza. No sólo estaba perfectamente equipado como guerre-

ro, sino que además se sentía animado por una fuerza y un valor sobrehumanos. Dió una patada en el suelo y la tierra tembló bajo sus pies, rasgó el aire el retemblar de un trueno y cayeron las hojas de los árboles como si pasase una tormenta. Entonces dijo a su corcel:

—¿Adónde debo ir? ¿Qué debo hacer?

Y el mágico caballo contestó:

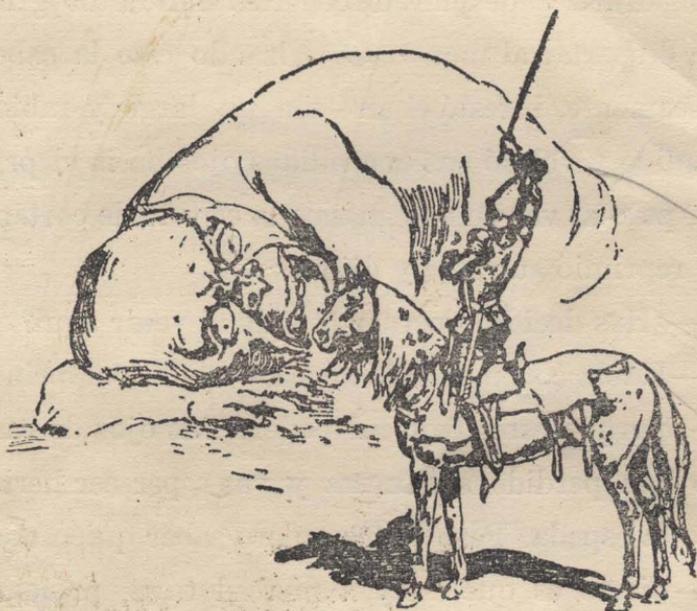
—Tu prometida, la princesa Brillante Estrella, ha sido raptada por un enano que tiene una joroba monstruosa y unas barbas de más de dos metros de largo. Es un poderoso mago que vive no lejos de aquí y tienes que conocerle; pero la única arma que puede herirle es la espada de cortante filo que posee su hermano el monstruo de la gran cabeza y ojos de basilisco. Por ahí tienes que empezar.

El príncipe Constante saltó intrépidamente sobre el lomo del caballo listado de la crin de oro, el cual emprendió una carrera fogosa, saltando por encima de las montañas, trasponiendo de un brinco los ríos y atravesando las más intrincadas selvas, sin partir una sola hierba ni levantar la más pequeña porción de polvo del camino. Al fin llegaron a una espaciosa llanura sembrada de huesos humanos, al pie de una

El enano de las barbas

montaña que temblaba. Allí se detuvo el caballo y dijo:

—La montaña esa que estás viendo, príncipe, es la cabeza del monstruo de ojos de basilisco. Ten mucho cuidado de no mirarlos frente a frente, porque



su mirada es mortífera y acabamos como todos aquellos cuyos huesos yacen a nuestros pies. Afortunadamente el calor del sol del mediodía ha dormido al monstruo, el cual tiene al lado la espada de cortante filo, a la cual no hay nada que se resista. Ocúltate, echándote sobre mi cuello hasta que estemos junto a la espada y entonces te inclinas y la coges rápida-

mente. Hecho esto no hay nada que temer, porque no sólo no podrá hacerte ningún daño el monstruo, sino que su vida estará a tu merced.

El caballo se acercó silenciosamente al dormido monstruo, el príncipe se inclinó, sin apearse de su cabalgadura, y después de coger la espada dió gritos para despertar al monstruo. Alzando éste la cabeza bruscamente, infestó el aire con un largo y rabioso resoplido y volvió sus encendidos ojos hacia el príncipe, pero al ver en sus manos la espada de cortante filo, reprimió su rabia y dijo:

—¿Has decidido perder la vida al venir aquí?

—Habla con menos altanería—replicó el príncipe—, porque estás bajo mi poder. Tus ojos de basilisco han perdido su fuerza y vas a perecer herido por esta espada. Pero antes quiero saber quién eres.

—Cierto es que estoy a merced tuya, príncipe, pero sé generoso, porque soy digno de tu piedad. Soy caballero de la raza de los gigantes, y si no fuera por la malevolencia de mi hermano viviría feliz. Mi hermano es Bulfstroll, un enano con una gran joroba y unas barbas de más de dos metros de largo. Envidioso de la esbeltez de mis formas, busca todos los medios posibles para perjudicarme. Su fuerza

El enano de las barbas

prodigiosa es debida a su barba, y esa barba no puede cortársele más que con la espada de cortante filo que tienes en la mano. Un día vino a verme y me dijo: «—Hermano, te suplico que me ayudes a buscar la espada de cortante filo que enterró un mago, enemigo nuestro, y el único entre todos que puede destruirnos». Yo, tonto de mí, confiando en su palabra, hice una pala de un roble y cavé en la montaña hasta encontrar la espada. Entonces surgió una disputa entre mi hermano y yo, sobre cuál de los dos debía quedarse con el arma, y al fin propuso mi hermano: «—Vamos a aplicar un oído al suelo y la espada será para el primero que oiga las campanas de la iglesia más próxima». Yo me puse a escuchar, pero mi hermano se abalanzó inmediatamente sobre mí, y de un tajo traicionero con la espada me separó la cabeza del cuerpo y me dejó desenterrado para que me convirtiese en una enorme montaña cubierta de bosques.

En cuanto a mi cabeza, como está dotada de una fuerza que nada puede destruir, ha permanecido aquí para matar de terror a todos los que han tratado antes que tú de coger la espada de cortante filo. Ahora te ruego, ¡oh príncipe!, que emplees esa mágica arma en cortar las barbas a mi pérfido hermano,

con lo cual destruirás en el acto su malévolo poder y vengarás el terrible daño que me ha hecho.

—Tu deseo será complacido muy pronto; yo te lo prometo—repuso el príncipe—, y a continuación ordenó al listado corcel de crines de oro que le llevase al palacio de Bulfstroll.

Apenas había acabado de formular el mandato, cuando llegaron ante la puerta del jardín en el momento que el enano estaba persiguiendo a la princesa Brillante Estrella. El sonido de la trompeta guerrera le obligó a desistir; pero antes de separarse de ella tuvo la precaución de ponerle la gorra para hacerla invisible.

El príncipe estaba aguardando respuesta a su reto cuando oyó un tableteo en las nubes, producido por el enano, quien con el propósito de caer con fuerza aplastante sobre su enemigo se había elevado a gran altura. Pero calculó tan poco cuidadosamente las distancias, que dió con el cuerpo en el suelo, quedando hundido en él hasta la cintura y, por lo tanto, a merced del príncipe, el cual le asió instantáneamente de las barbas y se las cortó con la espada de cortante filo.

Después de haber colgado la barba del mago en

entró en el palacio, donde los criados le abrieron to-
das las puertas en cuanto vieron que tenía en su po-

... con el propósito de caer con fuerza aplastante sobre
[su enemigo...



su casco a modo de florón de pelo, y luego de haber
atado al enano para llevarle a la grupa de su caballo,

El enano de las barbas

Cuentos de Calleja

der la barba que durante largo tiempo los había tenido esclavizados.

El príncipe se puso a buscar a la princesa; pero en vano examinó todos los rincones del palacio y los jardines, porque el maligno mago se negaba a ayu-



darle. Al fin, cuando estaba ya desesperado, tuvo la suerte de tocar la mágica gorra y pudo ver a la princesa, dormida como la había dejado el enano. No pudiendo despertarla se guardó la gorrita mágica en el bolsillo, y con la joven en los brazos montó en el caballo listado y llevó al enano a la cabeza de su hermano el monstruo, el cual se lo tragó instantáneamente, no sin lanzar un grito de satisfacción.

El enano de las barbas

Volvió a montar en el corcel el príncipe Constante y llegó a una ancha llanura, donde el caballo se detuvo y le dijo:

—Príncipe, aquí tenemos que separarnos. De aquí no dista el fin de tu viaje más de una jornada. Tu caballo te espera ahí al lado. ¡Adiós! Pero antes de marcharme entra por mi oreja derecha y sal por la izquierda.

El príncipe hizo lo que se le indicaba y se encontró vestido con el traje de novio, tal como estaba al ser raptada la princesa por el enano. Entonces desapareció el caballo listado de crin de oro, y atendiendo a su llamada llegó galopando su caballo desde el lado opuesto de la llanura.

La noche se había echado encima, por lo cual dejó a la dormida princesa en el suelo, y después de tapada bien con su capa para que no la enfriase el relente, se echó a dormir también.

Pasó por allí por desgracia uno de los pretendientes desdeñados de la princesa, y al ver durmiendo al príncipe Constante lo atravesó con la espada y huyó con la princesa, a la cual llevó al palacio de su padre, diciendo al rey:

—Aquí está vuestra hija, a quien reclamo por

Cuentos de Calleja

esposa de conformidad con vuestra promesa. Fué raptada por un terrible encantador, con el cual he tenido que luchar tres días y tres noches antes de lograr vencerle.

El rescate de su hija llenó de alegría al rey; pero al ver que no la despertaban sus caricias preguntó con ansiedad el significado de tan extraño estado de la joven.

—No tengo la menor idea de lo que puede significar esto—repuso el impostor—. La estáis viendo en el mismo estado en que yo la encontré presa en el castillo de bronce del encantador.

Mientras esto ocurría en palacio, el príncipe Constante, atravesado por la espada de su traidor rival, despertó con fuerzas apenas suficientes para murmurar:

*Corcel maravilloso,
de las crines de oro,
llévame por el llano,
volando como un pájaro,
surcando los espacios
con silencioso paso.*

Un momento después volvía a su lado entre una nube luminosa el mágico caballo, que al saber lo que

El enano de las barbas

le había ocurrido al príncipe fué en dos saltos a la fuente de la Vida, de donde trajo tres clases de agua: el agua que revive, el agua que cura y el agua que da fuerza, con las cuales roció sucesivamente la pálida frente del príncipe. Al caerle la primera agua volvió la vida a su frío cuerpo y la sangre volvió a correr por las venas; al contacto de la segunda se le curó la herida, y la tercera agua le hizo recobrar las perdidas fuerzas. Entonces abrió los ojos y exclamó:

—¡Oh, qué sueño tan tranquilo y tan reparador he tenido!

—El sueño que has disfrutado era el sueño eterno—respondió el corcel de crin de oro—. Un rival tuyo, que te encontró dormido, te asesinó y llevó a la princesa Brillante Estrella a su padre, diciéndole que la había salvado; pero no te afijas. La princesa sigue durmiendo y sólo tú puedes romper el hechizo de su sueño, tocándola con la barba del enano. Monta en tu caballo y ve en seguida a palacio.

Dicho esto, el mágico corcel desapareció nuevamente en un torbellino de luz. El príncipe Constante montó en su caballo y corrió como el viento hacia el palacio de su prometida.

Al llegar a las afueras de la ciudad la encontró

Cuentos de Calleja

sitiada por un ejército enemigo, que ya se había apoderado de parte de las murallas, y a quien estaban a punto de pedir merced los aterrados habitantes. Al ver esto el príncipe se puso la gorra invisible, y esgrimiendo la espada de cortante filo cayó sobre los sitiadores con tan irresistible energía, que los que no cayeron muertos huyeron, dándose por contentos con escapar con vida. Acabada esta gran hazaña se dirigió rápidamente, todavía invisible, al palacio, donde oyó al rey expresar su asombro ante la brusca e inesperada huída del enemigo.

—¿Quién será el valeroso guerrero que nos ha salvado?—preguntaba el rey lleno de extrañeza.

Nadie contestó. Entonces se quitó la mágica gorra el príncipe Constante, y arrodillándose ante el rey dijo:

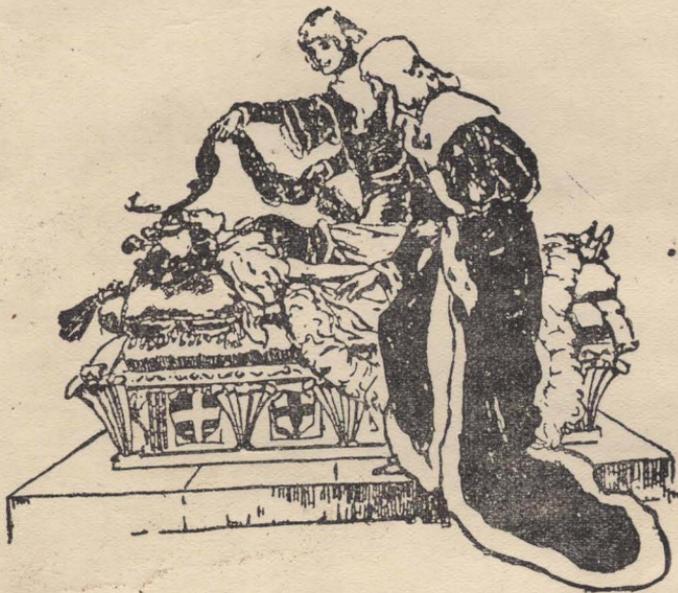
—Yo he sido, rey y padre, quien ha tenido la suerte de vencer a vuestros enemigos y quien ha librado a la princesa, mi prometida, del gran peligro en que se hallaba. Y yo la traía a vuestros brazos cuando ese rival mío que está presente me hirió traídoramente mientras dormía, y después os engañó fingiéndose su salvador. Llevadme al lado de Brillante Estrella y yo la despertaré.

Al escuchar estas palabras, el impostor huyó

El enano de las barbas

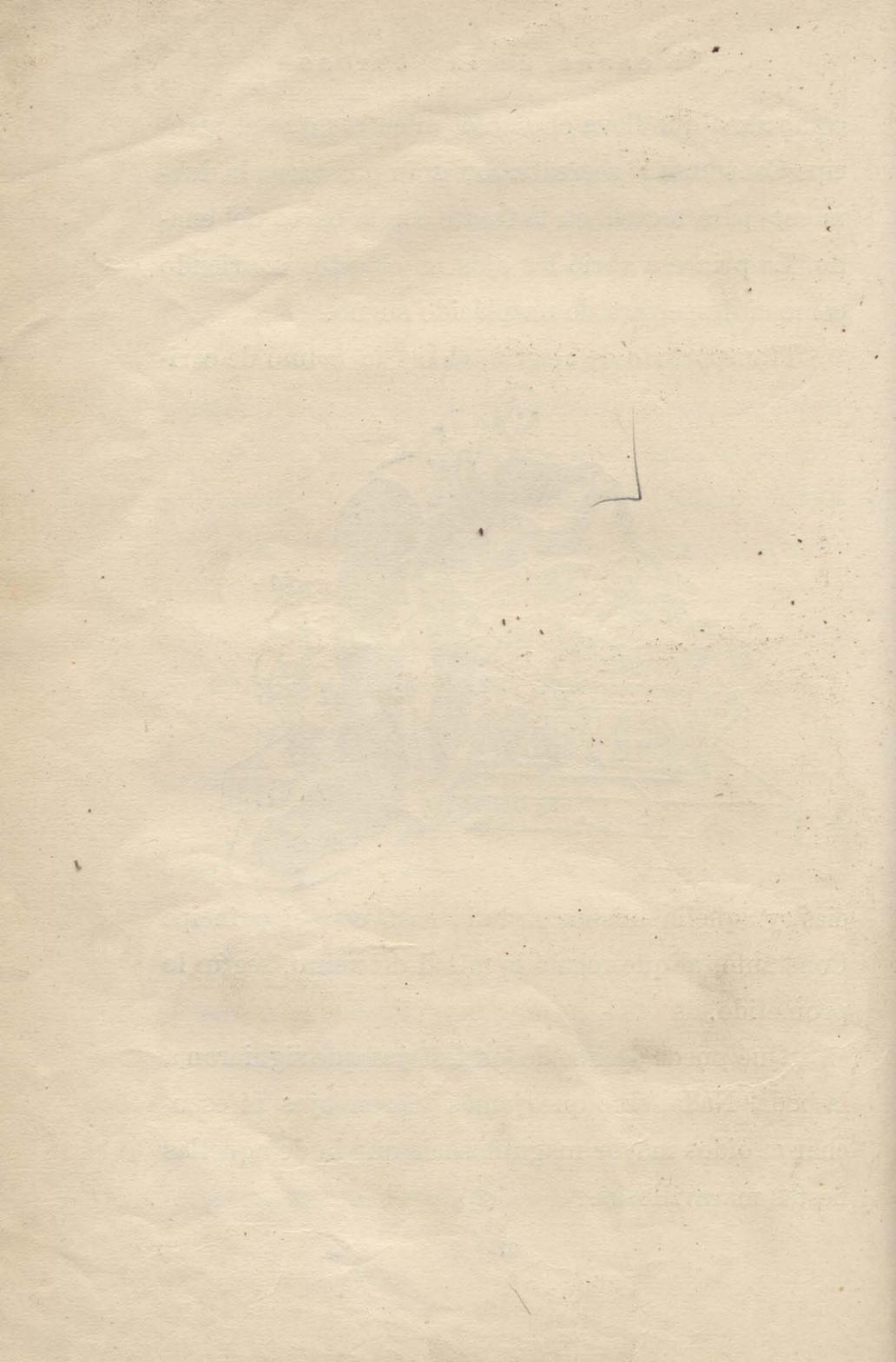
como alma que lleva el diablo, mientras que el príncipe Constante se acercaba con gran presteza a la durmiente para tocarla en la frente con la barba del enano. La princesa abrió los ojos en el acto, sonriendo como si despertara de un plácido sueño.

Transportado de alegría, el rey la colmó de cari-

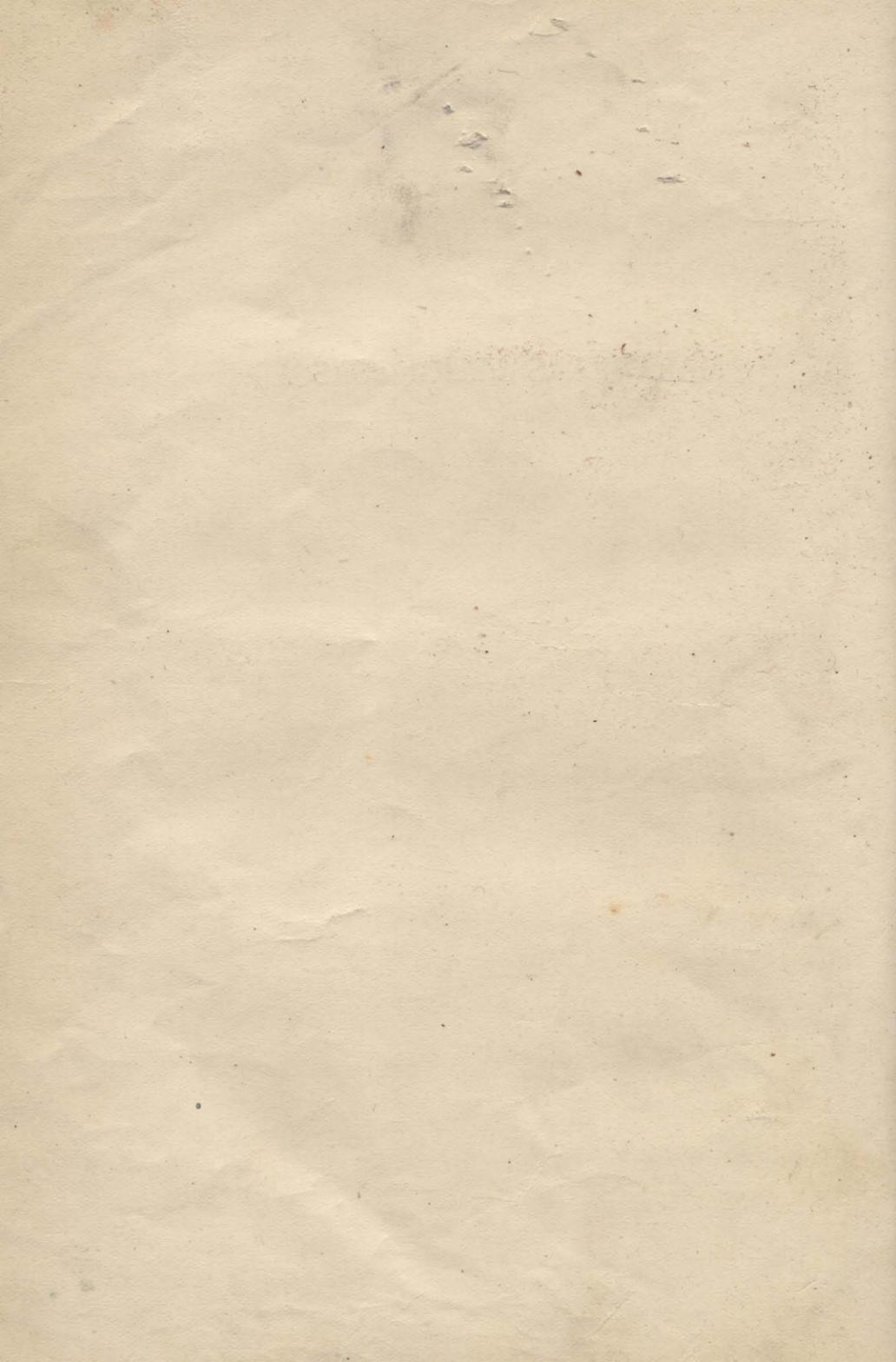


cias, y aquella misma tarde la casó con el príncipe Constante, al que regaló la mitad del reino, según lo prometido.

¿Qué puede decirse de los festejos que siguieron a la boda? Nada, sino que jamás vieron ojos ni escucharon oídos mayor magnificencia que la de aquellas fiestas maravillosas.



MARAVILLAS PELIGROSAS





MARAVILLAS PELIGROSAS

EN un lejano pueblo de la India había un muchacho llamado Haru, que llevaba la rectitud y la inteligencia pintadas en el noble semblante; pero era débil su voluntad y fácil a la sugestión de la ajena.

—Haru—le dijeron un día—, tú eres listo: ¿por qué no vienes a aprender con el *fakir*?

—¿Qué enseña?

—Maravillas. Mil artes prodigiosas que te hacen dueño del mundo.

El interlocutor de Haru era un muchacho poco simpático. Una madurez precoz ponía en su rostro un gesto de fatiga, de soberbia y de insinceridad.

Haru no supo resistirse.

El *fakir* era un viejo seco y arrugado; su larguío-

sima barba le bailaba al andar como un péndulo si-



... atraía a su casa muchachuelos inocentes, a quienes comenzaba por iniciar en sus extrañas maquinaciones...

lencioso. Su voz tenía un tono doctoral y un sonido metálico. Con apariencias de curandero, era en reali-

Maravillas peligrosas

dad un perverso embaucador, diestro en hechizos, brujerías y otras artes del diablo.

Para siniestros fines atraía a su casa muchachuelos inocentes, a quienes comenzaba por iniciar en sus



extrañas maquinaciones haciéndoles luego víctimas de ellas.

Otros dos muchachos estaban en casa del *fakir* cuando Haru entró con su camarada. Como éste, aquéllos eran ya aprendices adelantados; es decir, que estaban próximos a pagar cara su curiosidad.

Haru escuchó al *fakir* con marcada repulsión. Los extraños ritos, las fórmulas cabalísticas, los en-

Cuentos de Calleja

salmos, las evocaciones, todo le inspiraba entre miedo y asco. Algo le decía interiormente que aquello era malo y peligroso.

Y Haru salió de casa del *fakir* resuelto a no volver.

—¿Te gusta lo que has visto?—preguntó a Haru el que le llevó a casa del *fakir*.

—No—contestó Haru—. No volveré.

—Bien simple serás—interrumpió otro de los muchachos orgullosamente.

—No creo en esas cosas—dijo Haru.

Los tres aprendices protestaron violentamente. ¡Dudar de su fuerza! ¡Negar las artes de magia!

—¡Yo te lo probaré!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

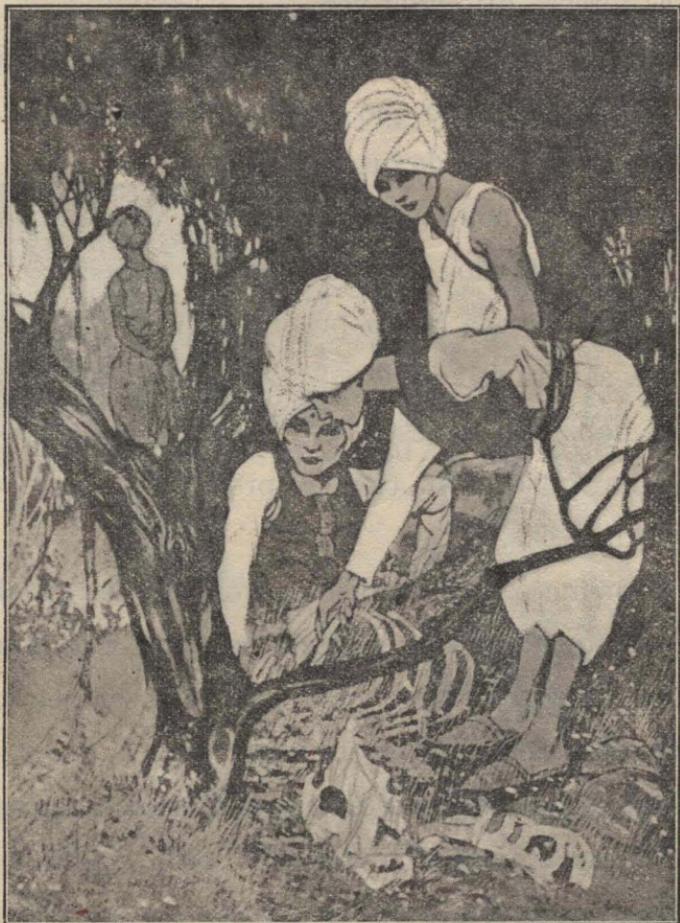
Y enfurecidos siguieron caminando de prisa y silenciosos.

A poco trecho encontraron en medio del camino el cráneo y los huesos de un animal esparcidos por suelo. Detuviéronse a contemplarlos, tratando de averiguar a qué clase de animal pertenecían.

De pronto, uno de los tres muchachos lanzó una exclamación y dijo a Haru:

Maravillas peligrosas

—¿Ves esos huesos? Pues yo puedo con un ensalmo reunirlos todos en un esqueleto perfecto.



—¿Ves esos huesos? Pues yo puedo con un ensalmo reunirlos todos en un esqueleto perfecto.

Al oírlo, repuso otro' de los tres:

—Y yo conozco otro ensalmo que hace revestirse

al esqueleto de carne, de pellejo y de pelo, y tornarlo en un animal perfecto.

El tercero dijo a su vez:

—Pues yo puedo completar vuestra obra. Sé un maravilloso ensalmo que daría la vida al animal.

Llenos los tres de orgullo dijeron:

—Pues vamos a probar nuestros conocimientos. Que ese estúpido comprenda que no sabe nada. Ahora tendrá una buena prueba de nuestra extraordinaria sabiduría.

Y hablando de esta suerte y fascinados por el ansia de mostrar su ciencia, procedieron a ejecutar sus hechicerías.

El primero de ellos dijo en voz alta las palabras mágicas, que hicieron el efecto deseado. Los huesos inertes empezaron a moverse como si poseyesen vida, y alzándose del suelo se unieron unos a otros, con un seco rumor, hasta que se irguió el esqueleto perfecto de un animal silvestre.

Haru no se inmutó. Desconocía la causa de tan extraño suceso, pero era sereno y valeroso.

Entonces se dispuso el segundo a ensayar su ensalmo. Con clara voz pronunció las misteriosas palabras, cuyo resultado fué maravilloso también. El

Maravillas peligrosas

esqueleto se cubrió todo de carne, de piel y de pelo, y pudo verse así que el animal era un hermoso león.

Sólo le faltaba la vida. Y ya iba el tercer muchacho a dársela con su ensalmo, cuando Haru le gritó:

—¡Cállate! ¡Imprudente, no pronuncies esas pa-



labras! ¿No ves que es un león? Si tu arte diabólica puede darle la vida, nos matará a todos.

Indignados por la interrupción, los tres sabihondos desdeñaron el consejo.

—¡Calla, majadero!—dijéronle—. ¡Tú qué sabes! ¿Crees que por el miedo tuyo vamos a dejar de hacer las cosas?

Cuentos de Calleja

Haru volvió a rogarles que desistieran de su propósito; pero fué inútil. Estaban los otros ciegos de ira y de presunción. Y en vista de ello les rogó que si iban a darle vida a la fiera, aguardasen un momento hasta que él se subiera a un árbol.



Y diciéndolo, corrió a un árbol cercano y trepó a sus ramas.

No había llegado aún a ellas, cuando el tercer muchacho pronunció el ensalmo último. La forma rígida e inmóvil que tenían ante ellos se animó al

Maravillas peligrosas

punto. ¡Estaba vivo el león! Con fieros ojos miraba a los muchachos. Y abriendo la enorme boca saltó sobre ellos, rugiendo horriblemente. Los tres quedaron, en un momento, muertos sobre el césped. Luego el sanguinario animal empezó a comérselos, y por la tarde sólo quedaban unos huesos frescos y blancos.

Todo fué, sin duda, obra del diablo, que supo apoderarse de este modo de aquellos infelices, perdidos por su soberbia satánica y su malvada afición a aquellas horribles hechicerías.

No por mucho conocer se llega siempre a la sabiduría.

... el ... de ... con ...

LA BENDICIÓN DEL HADA

LA BENDICIÓN DEL HADA

HACE muchos años, vivía en el reino Centésimo Primero un rico mercader que tenía un hijo único, llamado Axim.

En el corazón del reino aquel donde moraban, había pantanos y pantanos que nadie podía atravesar, así es que no era posible el atajo al ir de un punto a otro, y todo el mundo tenía que viajar dando grandes rodeos. Nadie había tenido voluntad bastante para alterar tal estado de cosas, hasta que nuestro amigo el mercader decidió llevar a cabo la obra con la ayuda de su hijo, abriendo un camino recto a través del cenagal. Sin contar a nadie el proyecto, padre e hijo hicieron una casita cerca de los pantanos y se pusieron a trabajar. Trabajaron y trabajaron días y noches, hasta dar remate a su obra. Una ma-

Cuentos de Calleja

ñana de abril, la gente del contorno se halló gratamente sorprendida con el espectáculo de una magnífica y derecha carretera donde antes no había más que cieno.

Un día que Axim paseaba por la carretera, vió dos pobres mendigas viejas que tomaban el sol primaveraal sentadas en un banco.

—¿Quién habrá abierto este camino?—oyó decir a una de ellas—. Me gustaría premiar a la que lo ha hecho.

Se detuvo Axim pensando cómo podría premiar a nadie una vieja tan pobre, y por pura curiosidad le dijo:

—El camino lo hemos hecho entre mi padre y yo.

—¿Y qué deseas como recompensa?—preguntó la vieja.

—Nada. Tengo cuanto necesito—respondió Axim—. Sólo deseo vivir y poder ser útil a mi patria.

—Laudable deseo es el tuyo ciertamente—repuso la vieja—. Por mi parte, sólo he de decirte que vivas todo lo que puedas y que hagas todo el bien que esté en tu mano mientras te dure la vida.

Axim se echó a reír.

—De agradecer es el deseo—dijo—; pero ¡cuánta

La bendición del hada

cosa hay que se haría de buena gana, y que, desgraciadamente, no es posible hacer!

—Te engañas—contestó la vieja—. Eso de *no puedo* no es nada. Como premio por lo que has hecho con tu padre, voy a darte mi bendición, que te será



utilísima. Desde ahora en adelante podrás hacer cuanto desees.

Y diciendo esto, la vieja puso una mano encima de la cabeza del muchacho, murmurando unas palabras misteriosas; y luego desapareció.

Poco tiempo había pasado, cuando estalló la guerra entre la reina de Centésimo Primero y el rey del Mar, porque este rey se oponía resueltamente a que

los barcos de la reina le quitaran la vista de sus aguas, y en varias ocasiones había apresado embarcaciones y tripulantes. La reina se disgustó y exigió al rey la inmediata entrega de sus súbditos, pero el rey se negaba a acceder a su deseo, a menos que la reina consintiese en ser su esposa. La reina rechazó con firmeza la proposición y sobrevino la guerra.

Todo el reino andaba agitado, y los hombres acudían para ir contra el rey del Mar. Axim fué de los primeros.

Llevaba el ejército varias semanas de marcha y había llegado casi al punto designado para la batalla, que era la orilla del mar, cuando la reina se dió cuenta que había olvidado su espada.

—¿Qué haré yo?—decía—. ¿Cómo voy a entrar en la pelea sin mi espada preferida?

Le aconsejaron los capitanes que abandonase la idea de dirigir personalmente la batalla, pero la reina se mostraba entera y decidida.

—¡Tendré mi espada!—dijo—. Que vayan a mi palacio en seguida, y me la traigan. Quiero tenerla conmigo mañana mismo al amanecer.

Los capitanes le advirtieron que era aquello imposible, y le decía:

La bendición del hada

—¿Cómo han de ir y venir a vuestro palacio en un día, si hemos tardado nosotros más de seis semanas en llegar hasta aquí?

—Pues no hay remedio—replicó la reina—. Yo he de tener mañana al alba mi espada, y a quien me la traiga le daré a mi hija por esposa.

Como la princesita tenía fama de hermosa, la promesa de la reina levantó los corazones. Axim se adelantó el primero y dijo:

—Yo iré por la espada vuestra. Creo que podré traerla a tiempo.

La reina le dió un mensaje para la princesa, a fin de que le entregase la espada a Axim, que partió, entre las risas de todos, que creían una locura acometer una empresa que juzgaban imposible.

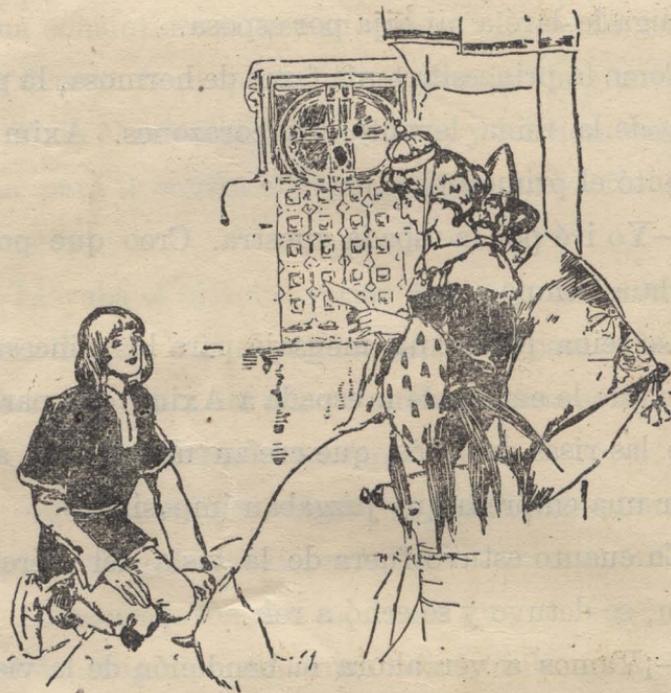
En cuanto estuvo fuera de la vista del ejército, Axim, se detuvo y se echó a reír.

—¡Vamos a ver ahora la bendición de la vieja! —pensó—. ¡Vamos a ver si me sirve o no! Tengo que llegar al palacio de la reina en seis horas.

Apenas lo había dicho, se encontró convertido en un pajarillo. Y al lado suyo estaba la vieja.

—Cuando desees recobrar tu forma de hombre —le dijo—, frótate el pico. Y si necesitas volver a

convertirte en pájaro, frótate la nariz. Pero has de tener gran cuidado de no caer en manos del rey del Mar, porque entonces perdería su virtud mi bendición. ¡Y ahora, vuela pajarillo!



Tendió Axim el vuelo y no paró hasta llegar a los jardines del palacio de la reina. Se frotó entonces el pico, recobró su forma de hombre, entró en el palacio y entregó la carta a la princesa.

—¡Qué hombre tan maravilloso debes ser!—ex-

La bendición del hada

clamó la princesa al leer la carta—. ¿Cómo has podido, dime, llegar aquí en tan poco tiempo?

—Todo lo debo a la bendición de una anciana—respondió Axim—. Y contó a la princesa cómo por virtud de esa bendición se había convertido en pájaro. Temiendo no ser creído, se frotó la nariz e instantáneamente volvió a convertirse en pájaro, voló por la estancia y vino al fin a posarse en el brazo de la princesa, la cual le cortó unas plumas sin que él lo notase y las guardó cuidadosamente. Después comieron juntos y charlaron hasta el amanecer, porque se habían enamorado perdidamente uno de otro.

Pero Axim tenía que marcharse, y después de despedirse tiernamente de la princesa, se frotó la nariz, se convirtió en pájaro y echó a volar con la espada en el pico.

Llegó Axim al campamento cuando amanecía y, como el tiempo le sobraba, recobró su forma de hombre y se echó en la orilla del mar. Estaba muy cansado del largo vuelo y se quedó profundamente dormido.

Salió el coronel de la reina a tomar su baño matinal, y al ver a Axim con la espada, se llegó a él, lo

echó al mar y se apoderó del arma, con la cual se



presentó ante la reina. Hizo una profunda reverencia, y le dijo:

—Aquí tenéis, señora, vuestra espada preferida,

La bendición del hada

como querías, al amanecer. Axim y yo emprendimos al mismo tiempo la carrera, pero le dejé atrás en seguida, y sin duda habrá sido devorado por alguna fiera de la selva.

La reina no se preocupó por la suerte de Axim. Lo que quería era su espada.

—Si sales vivo de la batalla—le dijo al coronel—, te casarás con mi hija.

El coronel, que no tenía intención de dejarse matar, apenas comenzó la batalla se perdió entre las tropas y no volvió a parecer hasta que se depusieron las armas, con el triunfo de la reina.

Pero volvamos a Axim, que no se había ahogado. El rey del Mar lo había cogido al caer y se lo había llevado prisionero. Cuando el muchacho oyó decir que no era posible que la reina saliese victoriosa se puso triste, más que nada por no poder ayudarla.

—Si pudiese ganar la orilla—pensó—, tal vez yo sirviera aún de algo.

Rogó al rey del Mar que le dejase salir a ver luchar a sus compañeros, y le decía: Es cruel tener encerrado a un prisionero durante la lucha. Estoy cierto de que no me negarás el permiso para contemplar el glorioso espectáculo.

Cuentos de Calleja

El rey del Mar le prometió sacarle a la orilla al ponerse el sol, y cumplió su palabra.



En cuanto Axim estuvo en la costa, se puso a rezar para que el sol calentase al día siguiente...

En cuanto Axim estuvo en la costa, se puso a rezar para que el sol calentase mucho al día siguiente.

La bendición del hada

te a ver si achicharraba al rey del Mar, pues él y su gente no podían sufrir el calor del sol, al cual no estaban acostumbrados, por vivir en las profundidades del agua. Apenas había acabado de rezar Axim, el rey del Mar se lo llevó otra vez abajo.

Al otro día, el sol fué tan duro, que el ejército del rey no pudo soportar el calor; los soldados caían desmayados, mientras que la reina y sus tropas luchaban denodadamente, matando a diestro y siniestro.

Puesto el sol, el rey permitió nuevamente a Axim subir a tierra unos minutos para rezar. Al día siguiente quemaba otra vez tanto el sol, que le quedaron a la reina muy pocos enemigos. El tercer día, el propio rey fué víctima del calor y, aunque pudo subir a Axim a la playa, como de costumbre, al ponerse el sol se hallaba tan trastornado, que no pudo bajarle al fondo. Axim, que todo esto lo tenía sabido, volvería a invocar nuevamente la bendición de la anciana, si el rey no venía por él antes de cierta hora.

Llegado el momento oportuno sin que el rey se presentase, Axim se convirtió en pájaro. Cuando el rey se despabiló lo suficiente para ir a recoger al prisionero, se encontró con que el pájaro había volado.

Desde entonces el rey del Mar no se ha atrevido a volver a salir de sus profundidades, por temor a otra insolación.

Mientras tanto la victoriosa reina había tornado a palacio y daba órdenes para las bodas de su hija con el mal coronel. Cuando la fiesta estaba en todo su apogeo, Axim entró al palacio y se fué derechamente a la reina, diciéndole:

—Vuestra Majestad me prometió la mano de la princesa si yo os llevaba vuestra espada al amanecer de aquel día de la guerra. ¿Por qué, pues, la casáis con otro?

—¿Y tú me llevaste la espada?—replicó indignada la reina—. A ti te devoraron las fieras y el coronel fué quien cumplió mi deseo. ¡Vete!

—Debe de haber algún error—dijo la princesa levantándose de la mesa y acercándose a su madre—. Éste es el que verdaderamente vino por la espada y no el coronel. Ya te decía yo que no había sido el coronel.

—¿Y qué pruebas tienes de que ha sido este muchacho?—le replicó la reina.

—¿Quieres convertirte en pájaro?—dijo la princesa a Axim.

La bendición del hada

Axim se frotó la nariz, se convirtió en pajarito y se puso a volar por la estancia, parándose al fin en el brazo de la princesa, la que sacó de su pecho las



plumas que le había cortado aquel día, mostrando a los presentes el ala de donde eran.

—Y no es esto todo—dijo una voz. Y al volver la cabeza Axim se encontró con su amiga la vieja—. Si no hubiera sido por él, vuestra majestad no habría ganado la batalla—y explicó todo lo sucedido.

—Pero ¿cómo lo sabes tú?—dijo la reina—.

Cuentos de Calleja

¿Cómo quieres que creamos lo que tú dices? ¿Quién eres tú?



Y al volver la cabeza Axim se encontró con su amiga la vieja.

—¡Ved!—y al decirlo la vieja se trocó en una

La bendición del hada

bellísima hada, en la que todos los presentes reconocieron a la bondadosa reina de los Espíritus del Aire.

No eran necesarias más pruebas. El mal coronel fué decapitado en aquel punto. Y Axim y la bella princesa se casaron y vivieron felices largos años.

La República del Perú

El presente documento tiene por objeto informar a los señores miembros de la Comisión de la Verdad y Reconciliación sobre el estado de los trabajos de investigación que se están realizando en el presente momento.

En el presente momento se están realizando los trabajos de campo en las zonas de conflicto armado interno, con el fin de recopilar la información necesaria para la elaboración del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

DESENCANTAMIENTO TRABAJOSO

DESCRIPCION / MENTO TRABAJO

DESENCANTAMIENTO TRABAJOSO

VIVÍAN hace ya mil años un rey y una reina que tenían una hija, a la que querían más que al mundo entero. Cuando el rey de Francia pidió la mano de nuestra princesa, ni el padre ni la madre quisieron separarse de su hija amada y dijeron al embajador:

—¡Es muy joven todavía!

La princesa era cada día más bella, y al año siguiente se presentó el embajador de España pidiendo su mano para el rey. Mas nuevamente contestaron los padres:

—¡Es muy joven todavía!

Ambos reyes pusieron muy enfadados por la negativa y resolvieron tomar venganza en la pobre princesa. Como no podían llevar a cabo por sí mis-

mos su torcida voluntad, llamaron a un mago y le dijeron:

—Tienes que prepararnos un hechizo para la princesa. Cuanto más daño pueda causarle mayor será tu recompensa.

Y con la promesa de que en el término de un mes sería complacido el deseo de los monarcas, el mago se fué.

Antes de cuatro semanas volvió a presentarse el mago en el castillo del rey de España.

—Aquí está el hechizo, señor—le dijo—. Entregad a la princesa este anillo como presente, y cuando lo haya tenido veinticuatro horas en el dedo, veréis el resultado.

Los dos reyes se pusieron a discutir la mejor manera de hacer llegar el anillo a manos de la princesa, porque como estaban a malas con sus padres, éstos desconfiarían con razón de cualquier regalo enviado por los desdeñados pretendientes. ¿Qué harían?

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!—exclamó de pronto el rey de España. E inmediatamente se disfrazó de joyero, emprendió el viaje y se estableció enfrente del palacio donde vivía la princesa. La reina le vió desde un balcón, y como precisamente tenía por entonces que

Desencantamiento trabajos

comprar algunas joyas, mandó llamar al comerciante.

Cuando le hubo comprado varios brazaletes, cadenas y pendientes, dijo a su hija:



—¿Quieres tú alguna de estas cosas tan bonitas, hija mía?

—No veo nada que me guste del todo—respondió la princesa.

Entonces, el disfrazado rey sacó del estuche el anillo, que hasta entonces había tenido guardado, y lo hizo centellear a los rayos del sol, diciendo:

Cuentos de Calleja

—He aquí una joya verdaderamente rara, señora. Este anillo no tiene igual en el mundo. ¿No os gusta?

—Sí. ¡Qué magnífico! ¡Qué bello! ¡Está como lleno de estrellas!—exclamó la princesa extasiada—. ¿Y cuánto vale?

—No tiene precio. Me contentaré con lo que vuestra Alteza quiera darme.

Pagósele una buena cantidad de dinero, y el comerciante se retiró. La princesa se puso el anillo en el dedo y su brillo era tal, que no podía quitarle de encima los ojos. Pero aún no habían transcurrido veinticuatro horas, cuando la pobre princesa lanzó un terrible grito de angustia.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!—y su grito resonaba en todo el palacio.

El rey, la reina y todas las damas y caballeros de la corte corrían con velas en las manos, pálidos de terror, a ver qué había sucedido.

—¡Llevaos las velas! ¡Lleváoslas!—gritaba la princesa, presa de la mayor desesperación—. ¿No veis que soy de algodón en rama?

Todo su cuerpo, en efecto, se había vuelto bruscamente de algodón en rama. El rey y la reina esta-

Desencantamiento trabajoso

ban inconsolables por esta espantosa desgracia, y en seguida llamaron a los hombres más sabios del reino



para consultarles y ver qué debía hacerse en semejante trance.

Cuentos de Calleja

—Vuestra Majestad debe mandar pregonar por todos los países que quien cure a su hija se casará con ella—dijeron los consejeros, después de larga deliberación.



Salieron pregoneros, con tambores y trompetas, a recorrer el reino y otros reinos proclamando:

—¡Quien devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

Desencantamiento trabajoso

—¡Quien devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

—¡Quien devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

Vivía por aquel tiempo en un pueblecito el hijo de un zapatero, en cuya casa había gran escasez, y un día que no quedaba ni un mendrugo de pan, y que padre e hijo iban a morir de hambre, habló el hijo en estos términos:

—Padre, dadme vuestra bendición. Me voy a correr mundo buscando fortuna.

—¡El cielo te proteja, hijo mío!—dijo el padre. Y el joven cogió un bastón y emprendió su viaje.

Saliendo de los campos de su país, se encontró con un bando de chiquillos, que estaban escandalizando y tirando piedras a un sapo para matarlo.

—¿Qué daño os ha hecho este pobre animal? ¿No es tan de Dios como vosotros? ¡Dejadle vivir!—exclamó indignado.

Pero al ver que aquellos chiquillos crueles no hacían el menor caso de sus palabras ni desistían de su intención, corrió lleno de ira hacia ellos, y a uno le dió una bofetada y a otro un puñetazo en las costillas. Los muchachos huyeron tumultuosamente y el

sapo aprovechó la ocasión para meterse en un agujero de una tapia.

Siguió el joven su camino, y, de pronto, llegó a sus oídos el toque de una trompeta y el redoble de unos tambores. Escuchó atentamente y oyó claramente estas palabras:

—¿Quién devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

—¡Quién devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

—¡Quién devuelva la salud a la princesa, se casará con ella!

—¿Qué mal tiene la princesa?—preguntó a uno que pasó por su lado.

—¿No lo sabéis? Se ha vuelto de algodón en rama.

El joven dió las gracias y continuó su camino. A la noche llegó a un gran desierto, y decidió echarse a dormir, cuando al volverse para contemplar el camino que había traído, vió que venía a él una mujer alta y bella.

Iba a dar un salto para esconderse, cuando le dijo la mujer:

—No te asustes. Soy un hada y vengo a darte las gracias.

Desencantamiento trabajoso

—¿A mí? ¿Por qué?—preguntó, lleno de confusión el joven.



—¡Porque me has salvado la vida! Mi destino manda que sea sapo durante el día y hada durante la noche. Ahora soy tuya para servirte en lo que quieras.

Cuentos de Calleja

—Buena hada—dijo entonces el joven—, acabo de oír que la princesa se ha vuelto de algodón en rama y que quien la cure se casará con ella. Dime cómo puede devolvérsele la salud.

Entonces le contestó el hada:

—Toma esta espada en tus manos y echa a andar en línea recta hasta que llegues a un espeso bosque, lleno de serpientes y fieras. Pero no les tengas miedo; tú sigue tu camino valerosamente hasta llegar al palacio del mago. En cuanto llegues, llama tres veces en la puerta principal. —Y siguió dándole detalles de lo que tenía que hacer. —Si necesitas mi auxilio, ven a este sitio a esta misma hora y aquí me encontrarás.

El hada se despidió del joven tendiéndole su blanca mano y desapareció antes de que él hubiese podido abrir la boca para darle las gracias.

Sin pensar en nada, el hijo del remendón echó a andar con arreglo a las instrucciones recibidas, y, andando, llegó a una oscura selva, poblada de animales salvajes, que llenaban el aire con sus terribles mugidos, rechinaban los dientes sedientos de sangre, y abrían sus hambrientas fauces. Aunque le palpataba el corazón asustado, el pobre muchacho siguió

Desencantamiento trabajado

adelante, haciendo como que no veía a las fieras, y al fin llegó al palacio del mago y llamó tres veces a la puerta principal. Del interior del castillo salió una voz que decía:



—¡Ay de ti, temerario, que tienes el atrevimiento de venir a mí! ¿Qué quieres?

—¡Si eres el mago, sal a luchar conmigo!—gritó el joven.

Enfurecido por tal audacia, salió precipitadamen-

te el mago, armado hasta los dientes y dispuesto a aceptar el desafío. Pero en cuanto vió la espada que esgrimía el joven, empezó a lamentarse de un modo lastimoso, y cayendo de rodillas, todo trémulo, dijo:

—¡Ay de mí! ¡Qué infortunado soy! ¡Por lo menos perdóname la vida!

Entonces dijo el joven:

—Te perdonaré la vida si libras del hechizo a la princesa.

El mago sacó del bolsillo una sortija, y dijo:

—Toma este anillo, pónselo en el dedo meñique de la mano izquierda a la princesa y se pondrá buena al punto.

Regocijado por el éxito de su viaje, el joven se apresuró a ir a ver al rey, para convencerse de la verdad de lo que se decía:

—Señor, ¿es cierto que quien devuelva la salud a vuestra hija será yerno vuestro?

—¡Es cierto!—afirmó el rey con ansiedad.

—Pues bien, yo estoy dispuesto a curarla.

Trajeron en seguida a la princesa, y todas las damas de la corte y todos los servidores la rodearon para presenciar el milagro. Pero no bien el muchacho le hubo colocado el anillo en el dedo meñique,

Desencantamiento trabajoso

se vió la princesa envuelta en llamas y empezó a lanzar lastimeros gritos. Todos la rodearon en revuelta confusión, y el horrorizado joven aprovechó el momento para escapar como alma que lleva el diablo.



Su único deseo era volver a ver al hada, y no paró de correr hasta llegar al sitio donde la había visto la primera vez.

—¿Hada, estás aquí?—gritó temblando.

—Aquí estoy—le contestó el hada.

Entonces él le contó la desgracia que le había ocurrido.

Cuentos de Calleja

—¡Te has dejado engañar! Toma esta daga y vuelve a buscar al mago. ¡Ten cuidado de que no te engañe esta vez!

Y le dió una porción de consejos para al peligroso viaje y le echó la bendición.

Al llegar el muchacho a la puerta principal del palacio, llamó tres veces. El mago gritó como la vez anterior:

—¡Ay de ti, temerario! ¿Qué deseas?

—¡Si eres el mago, sal a luchar conmigo!

El mago, armado hasta los dientes, y lleno de rabia, salió, pero al ver la daga cayó temblando de rodillas y suplicó lastimosamente:

—¡Perdóname la vida!

—¡Mal mago!—exclamó furioso el joven—. ¡Me has engañado! ¡Ahora te retendré encadenado hasta que la princesa esté libre del hechizo!

Lo encadenó, clavó la daga en tierra y sujetó a ella la cadena para que el mago no pudiera moverse.

—¡Eres más poderoso que yo! ¡Lo comprendo!—exclamó el encadenado mago castañeteando los dientes—. Quítale a la princesa la sortija que compró al joyero y se verá libre del hechizo.

Hasta que el joven no hubo averiguado que la

Desencantamiento trabajoso

princesa había escapado con unas cuantas quemaduras nada más en las manos, gracias a la destreza con que la habían socorrido, no tuvo valor para presentarse nuevamente al rey.

—¡Os pido perdón, señor!—dijo—. El causante del desastre no fuí yo, sino un mago traidor. Pero ya le he vencido del todo y mi remedio dará resultado. No tengo que hacer sino quitar a vuestra hija el anillo que compró al joyero para que se ponga buena.

Y así sucedió. En cuanto le hubo quitado la sortija, la princesa volvió a ser lo que había sido antes; pero le faltaban la lengua, los ojos y las orejas. La perplejidad del joven ante el nuevo desastre era indescriptible. Y nuevamente acudió a su amiga el hada en demanda de ayuda.

—¡Te has dejado engañar por segunda vez!—le dijo el hada, y en seguida le dió nuevos consejos.

Cuando llegó adonde había dejado al mago, le gritó furioso:

—¡Miserable embustero! ¡Mi paciencia se ha acabado! ¡Ojo por ojo, lengua por lengua y oreja por oreja!

Y diciendo esto cogió al mago para estrangularlo. Pero el mago, al verse en peligro de muerte, exclamó:

—¡Ten piedad! ¡Ten piedad! ¡Déjame vivir! Ve a ver a mis hermanos, que viven algo más allá. Y le dió las necesarias instrucciones para que pudiera encontrar la casa de ellos, y le dijo las palabras mágicas que tenía que pronunciar en cada puerta.

A las pocas horas llegaba a la puerta de otro palacio, igual en todo al del mago. Llamó, y una voz le contestó desde dentro:

—¿Quién eres y qué quieres aquí?—Y él respondió:

—Quiero el cuernecito de oro.

—Veo que te envía mi hermano. ¿Para qué me quiere?

—Necesita un pedacito de tela encarnada porque se le ha hecho un agujero en la capa.

—Aquí lo tienes. ¡Y ahora vete de aquí!—dijo airadamente una mujer desde dentro del palacio, al mismo tiempo que arrojaba al joven un trocito de tela encarnada que había cortado en forma de lengua.

El joven anduvo varias horas, y al fin llegó al pie de una elevada montaña. En un espolón de roca había otro palacio exactamente igual que los dos anteriores. Llamó en la puerta principal y salió del interior una voz preguntando:

Desencantamiento trabajoso

—¿Quién eres y qué deseas?

—Quiero la manita de oro.

—Está bien. Veo que es mi hermano quien te manda. ¿Qué necesita de mí?

—Necesita dos lentejas para la sopa.

—¿Qué tontería! ¡Ahí las tienes y quítate de enmedio!

Y la dueña del castillo le echó dos lentejas envueltas en un papelito y cerró la ventana.

El joven llegó, por último, a una vasta llanura, en el centro de la cual había otro palacio exactamente lo mismo que los otros tres. Cuando llamó y le hubieron preguntado qué quería, contestó:

—Quiero el piececito.

—¡Ah! ¡Te manda mi hermano! ¿Qué necesita de mí?

—Necesita dos caracoles para cenar.

—¡Aquí los tienes! ¡Y déjame en paz!—respondió una mujer con desagrado desde una ventana, echándole al mismo los dos caracoles que deseaba.

El joven volvió adonde estaba el mago con las cosas que había recogido, y le dijo:

—Aquí te traigo lo que deseabas.

El mago le dió las instrucciones necesarias para

usar las tres cosas; pero cuando el joven volvió la espalda para marcharse, exclamó el cautivo con voz suplicante:

—¿Y te vas dejándome aquí sujeto?

—No haría sino lo que te mereces. Sin embargo, te soltaré; pero ¡ay de ti si me vuelves a engañar!

Después de haber desencadenado al mago, el joven corrió a ver al rey, y en cuanto estuvo al lado de la princesa le abrió la boca, le puso el trapito rojo que traía y en seguida tuvo ella lengua.

Pero las primeras palabras que salieron de la boca de la princesa fueron éstas:

—¡Miserable remendón! ¡Quítate de mi vista!

El pobre joven quedó inmóvil de tan dolorosa sorpresa, diciendo para sus adentros:

—Esta es otra de las cosas de ese falso mago.—

Mas la amarga ingratitud no le quitó el deseo de concluir su buena obra. Tomó las dos lentejas y las colocó en los vacíos ojos de la joven, la cual recobró instantáneamente la vista. Pero apenas se hubo fijado en el joven se cubrió el rostro con las manos, y exclamó desdeñosamente:

—¡Oh, qué feos son los hombres! ¡Qué horriblemente feos!

Desencantamiento trabajoso

El joven perdió casi por completo el valor, pero repitió para sus adentros:

—¡Esto es cosa de ese maldito mago!

Y no quiso dejar sin terminar su obra. Cogió los caracoles vacíos y los puso con cuidado en el sitio de las orejas de la princesa, y ¡oh, maravilla!, la joven recobró sus preciosas orejitas.

Entonces el joven se volvió hacia el rey, diciendo:

—¡Señor, ya soy vuestro yerno!

Pero al oír estas palabras la princesa empezó a llorar como una niña, diciendo:

—¡Me ha llamado bruja! ¡Dice que soy una bruja vieja!

Semejante ingratitud era ya insoportable para el joven, y sin decir una palabra salió corriendo para ir en busca de su hada.

—Hada, ¿dónde estás?—gritó, trémulo de rabia y de pena.

—Aquí estoy.

Entonces le contó lo mal que le había tratado la princesa, a quien había devuelto la salud. El hada repuso riéndose:

—Probablemente se te habrá olvidado quitar a la

princesa la otra sortija del mago, que tiene puesta en el dedo meñique.

—¡Es verdad!—dijo el joven, llevándose las manos a la cabeza, entre asustado y avergonzado—. ¡Con la confusión no me acordé de ella!

—¡Pues ve a reparar tu falta!—le aconsejó el hada.

Y llegó volando ante la princesa y le quitó la sortija embrujada que tenía puesta en el dedo meñique. Entonces se dibujó una amable sonrisa en la bellísima boca de la joven, y ella le dió las gracias tan dulce y tan bondadosamente, que el muchacho se puso encarnado de vergüenza.

El rey dijo solemnemente a la princesa:

—Éste es tu esposo...

Y el joven y la princesa se dieron la mano y saludaron a todos los presentes. Pocos días después se celebraba la boda, que los hizo felices para siempre.

LAS MEJORES HADAS

INÚTILMENTE trato de buscar entre mis recuerdos de ayer, frescos aún en mi memoria, y entre los más lejanos, confusos ya a través de las nieblas del tiempo, quién me contó esta clara historia que voy a referir, buena para que la sepan los niños y los hombres. ¿La leí en algún viejo libraco lleno de polvo de los siglos? ¿Me la contó mi madre o mi nodriza, una noche en que no quería yo dormirme; o fué un hada quien me la dijo, cuando yo dormía profundamente? No lo sé. No puedo recordarlo. He olvidado todos los detalles, y no conservo más que su sutil aroma, demasiado tenue para cogerlo al pasar por mi mente. Pero recuerdo perfectamente la moral del cuento, hija de todas las cosas sanas y fuertes.

Lo que voy a contar ocurrió en un país encanta-



La vieja clavó sus brillantes ojillos en los de la princesa
y los miró largo tiempo, como hechizándola.

Las mejores hadas

dor, en una de esas esplendorosas tierras que sólo vemos en sueños, y en las que todos los hombres son buenos y todas las mujeres agradables y bellas.

Vivió en esta dichosa tierra un caballero de alta nobleza, que se había quedado viudo muy joven con una hija única, a la que amaba entrañablemente. Rosabella, que así se llamaba la hija, contaba diecisiete años y era una pura maravilla de gracia y de belleza; alegre como un corazón regocijado, buena como un corazón feliz. En diez leguas a la redonda se la tenía por la más bonita y la mejor. Era sencilla y amable, y por su ingenio exquisito todos la querían, lo mismo en la mansión señorial que en la choza campesina.

Temeroso de los daños que amenazan constantemente a nuestra pobre existencia desvalida, su padre la vigilaba con celoso cuidado para que nada malo le ocurriese, mientras que ella pasaba los días pensando con calma en el porvenir, segura de que sería delicioso como el presente.

Al cumplir Rosabella los dieciocho años le permitió su padre que diese su mano a Grancorazón, hijo de príncipes; apuesto joven, cuidadosamente educado, que detestaba las falsas excitaciones y los

Cuentos de Calleja

placeres ficticios de la ciudad y sentía entusiasmo por los frescos encantos de la Naturaleza, esa madre común que nos llama a todos. Rosabella amaba a su prometido, y se casaron. Fueron a vivir a la paz del campo, entre los grandes árboles que recogían las quejas de los vientos, a orillas de un río, cuya man-



sa corriente llevaba un cántico perpetuo, serpenteando bajo los sauces y los álamos que enverdecían sus márgenes.

Era el castillo en que vivían antiquísimo, y en él habían nacido y muerto señores y señores; se llegaba a sus puertas por caminos abiertos en la roca viva, y tenía salones inmensos y fríos, donde los ecos respondían a los ecos misteriosamente; donde el buho contestaba al canto que entonaba al sol naciente el

Las mejores hadas

mañanero tordo, despertando a los pajarillos de las lindes de los bosques; donde el sol penetra con timidez, con la vacilación del cazador furtivo en un coto vedado.

En el momento de separarse, su padre le había dicho, triste, a Rosabella:

—Te vas, hija mía. Tu felicidad me pide que te deje marchar. Vete, pues; mas por el cariño que me profesas, cuida de ti, porque no tengo a nadie más que a ti a quien querer en el mundo.

Y al príncipe.

—A ti la confío. Vela por ella. Rodéala de mil cuidados y ponla a cubierto del más pequeño riesgo de daño o de pena. Y ten presente que sólo por inclinarse a coger una flor puede caerse y herirse, y por coger una fruta puede arañarse las manos. Que le hagan todo lo que tenga que hacer. Consérvala siempre bella.

Absorta en el amor, Rosabella realizó los dulces ensueños de su adolescencia. Pero seguía soñando sabe Dios qué... El futuro delicioso que le habían prometido las ilusiones seguía con ella, en su imaginación.

Bueno y cariñoso el príncipe no quería que ella

Cuentos de Calleja

hiciese sino vivir y amar. La tenía rodeada de numerosa servidumbre, dispuesta a obedecer hasta sus más pequeños deseos, a satisfacer sus más ligeros caprichos y a adivinar sus más triviales necesidades. Ella no tenía que hacer más que dejar que el tiempo se deslizase en calma. Pero al fin empezó a aburrirse y a languidecer misteriosamente.

Su padre, a quien comunicó sus pensamientos, se quedó asombrado, y le recordó que sólo motivos de felicidad tenía su existencia; le habló luego en alabanza de su esposo, que tanto la amaba, y le ofreció dinero y más dinero, creyendo darle con él todas las dichas del mundo:

—Quisiera—respondió Rosabella—, ser feliz por vos y por mi esposo, a quien amo tan tiernamente. Y luchaba con la extraña dolencia que pesaba sobre ella, aquel mortal aburrimiento que agotaba la savia de su juventud. Pero el misterioso mal crecía en su alma hasta hacérsele intolerable.

Grancorazón, que no tardó en darse cuenta de su estado, trataba en vano de descubrir la causa, y de la pena pasó a la desesperación. Cuando regresaba de los campos, la abrazaba contra su pecho rebotante de tristeza, que parecía encerrar un trozo de hielo en el

Las mejores hadas

lugar del corazón. Ella, al ver lo que sufría por su causa, le juraba amor sin fin. Y valerosa y enérgica, trataba de sacudir su languidez, procurando embriagarse el alma y ahogar su conciencia con el amor de su esposo, pero todos los esfuerzos eran vanos. Cada vez le pesaba más el aburrimiento, y la servidumbre que la rodeaba, ansiosa siempre de satisfacer sus deseos, no podía mitigar su dolencia por más que se esforzaba. Por último, Rosabella se hundió en la más profunda melancolía. Volaron de sus mejillas los matices de la rosa, palideció toda ella como una azucena marchita, y la luz de sus ojos se empañó. Los más sabios doctores del arte de curar vinieron a verla desde los más lejanos países y sólo pudieron confesar su in-



garse el alma y ahogar su conciencia con el amor de su esposo, pero todos los esfuerzos eran vanos. Cada vez le pesaba más el aburrimiento, y la servidumbre que la rodeaba, ansiosa siempre de satisfacer sus deseos, no podía mitigar su dolencia por más que se esforzaba. Por último, Rosabella se hundió en la más profunda melancolía.

Volaron de sus mejillas los matices de la rosa, palideció toda ella como una azucena marchita, y la luz de sus ojos se empañó. Los más sabios doctores del arte de curar vinieron a verla desde los más lejanos países y sólo pudieron confesar su in-

Cuentos de Calleja

capacidad, excusándose con la afirmación de que no había remedio para aquel mal indefinible.

Una vez, un anciano pastor, que había aprendido a comprender a los hombres por haber vivido mucho, se presentó a Grancorazón, de quien era vasallo, y le dijo de esta manera:

—Yo sé, príncipe, dónde vive una anciana de más de un siglo, que la gente tiene por bruja y hechicera. Sólo ella puede curar a nuestra ama, a quien tanto queréis.

Sin saber ya qué hacer, Grancorazón creyó lo que el viejo pastor le decía. Sacó a Rosabella del castillo, siguió con ella tras el pastor, la orilla del río, hasta un lugar donde el camino descendía entre las rocas, saliendo a una honda cueva, en la cual hallaron a la vieja al abrigo de una mísera lumbre roja por la incierta luz, y rodeada de lechuzas, cuervos, gatos y ratas de ojos fosforescentes, verdes y amarillos en la sombra.

—¡Hechicera!—dijo el príncipe—. Cura a mi esposa y te daré la mitad de mi reino.

La vieja clavó sus brillantes ojillos en los de la princesa y los miró largo tiempo, como hechizándola. Después se quedó silenciosa, pensando, y al fin,

Las mejores hadas

bruscamente se puso de pie, alzó sus largos brazos hacia las hierbas que tenía colgadas en el techo de su gruta, y exclamó:

—¡Sí, gran señor; curaré a vuestra esposa, y



sobre vuestro corazón dormiré su corazón latiendo de alegría! Sí, la curaré; mas, para ayudarme a ello, necesito el auxilio de diez haditas, diez amigas a quienes quiero mucho, que siempre me han sido fieles y que por desgraciada casualidad no han venido hoy a visitarme. Estoy segura de que mañana estarán aquí.

Así, pues, venid mañana, que yo las retendré hasta que lleguéis.

Al otro día, pues, apenas levantado el sol, llegaba Rosabella a la obscura morada de la hechicera. La vieja le dijo que extendiera sus pálidas manos

Cuentos de Calleja

sobre el crujiente fuego de pino, mientras ella, levantados los brazos, pronunciaba unas raras palabras acompañadas de gestos extraños.

Sacó luego de un pequeño nicho una cosa invisible, que aplicó cuidadosamente a su desnudo pecho, y cuando hubo repetido esto diez veces, exclamó:

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí todas al calor de mi pecho! ¡Son mis fieles haditas! Pero no tratéis de verlas, porque se irán.

Y riéndose, bailando y cantando, la viejísima mujer golpeó con el corvo dedo pulgar de su mano derecha los diez dedos de la princesa, mientras que la bóveda de la roca devolvía el eco del extraño cántico que la hechicera entonaba, y que era éste:

¡Venid, las diez haditas, venid!

¡En estos diez deditos, vivid!

¡Y dadle a la señora salud

y eterna juventud!

Y sin dejar de reírse a carcajadas, oprimía los dedos de Rosabella, diciendo:

—¡Ya están aquí mis mediquitos! Ahora, guardadlos bien y no dejéis que se aburran, no les déis momento de descanso mientras el sol luzca en el

Las mejores hadas

cielo. Y ahora idos y, cuando estéis completamente curada, venid a devolverme mis haditas.

Mirándose las manos, Rosabella volvió a su casa y dijo a Grancorazón cómo estaba llena de esperanza.

A partir de aquel día, hubo veces que ni comer quería Rosabella para no robar tiempo al trabajo de sus dedos, en los cuales se albergaban las diez haditas. En cuanto el sol se hundía en el ocaso, Rosabella se acostaba, y en cuanto volvía la luz empezaba de nuevo a mover sus dedos, habitados por las hadas. Durante muchos días siguió moviendo los dedos de cuantas maneras se le ocurrían; pero al fin se cansó de este inútil juego y volvió a ver a su vieja amiga la hechicera.

—¿No sabéis mover los dedos con utilidad?—replicó la vieja—. Seguid moviéndolos, pero haced con ellos algo. Y no dejéis que se duerman mis hadas, que trabajar es lo único que las retiene en su cárcel.

Al volver a casa, Rosabella sacó del estuche el arpa, largo tiempo olvidada, y tocó. Después, para ocupar sus dedos en algo más útil, mandó traer agujas y se dedicó a hacer preciosos bordados. Luego, buscó más variado empleo para sus dedos, cogiendo

Cuentos de Calleja

flores en el jardín y frutos de los árboles del huerto, cuidando enfermos y consolando a los pobres, depo-



... cogiendo flores en el jardín y frutos de los árboles del huerto...

sitando constantemente en sus agradecidas manos monedas de oro y plata. Uno por uno, fué mandan-

Las mejores hadas

do retirarse a sus obsequiosos e innumerables sirvientes, quienes desde entonces no tenían nada más que hacer, sino dormitar en sus puestos. Y no per-



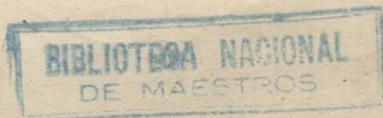
mitía que nadie le hiciese nada que pudiera hacer ella misma, dándose en cuerpo y alma al trabajo. Todo el día, mientras el sol lucía en el cielo, encontraban activo empleo sus bellos dedos. Y volvieron las rosas a sus mejillas, la salud a su alma y los

Cuentos de Calleja

cantos y las risas a sus labios, y otra vez pudo dar a su amor su corazón rebosante de ternura inefable.

Perfectamente curada ya, volvió a ver a la hechicera y la devolvió sus diez haditas, que para ella habían sido tan maravillosas.

—¡Ay, hija mía!—díjole la anciana—. Se sentirán orgullosas por haberte salvado. Dámelas, sí, porque me son muy necesarias. ¡Si fuera a servir a todos los holgazanes del mundo, necesitaría tantas haditas como estrellas hay en el cielo! Pero guardaré, al menos, estas que tengo, para servir a los que se mueren de aburrimiento, que bien sabe Dios que no son pocos.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La trama de la vida.....	7
Dos compañeros de oficio.....	25
Nunca huyáis del león..	51
El enano de las barbas.....	69
Maravillas peligrosas.....	95
La bendición del hada.....	107
Desencantamiento trabajoso.....	125
Las mejores hadas.....	147

